

**¡HA LLEGADO
UN PEREGRINO!**

POR EL

DR. D. AMALIO SENTANDREU FRANCO

ARCIPRESTE DE ALCOY

DEPARTMENT OF THE ARMY

OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL

35.687



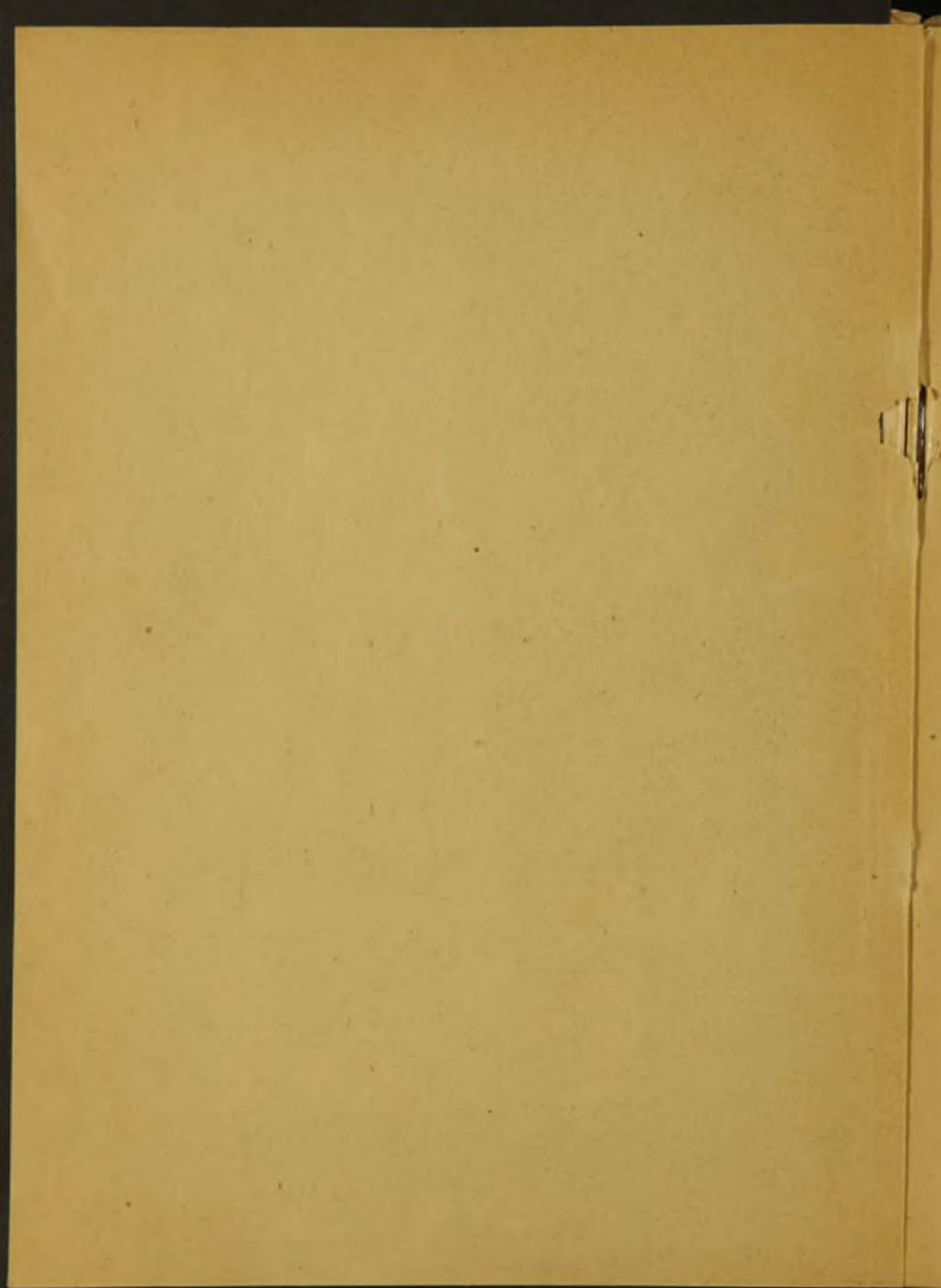
¡HA LLEGADO UN PEREGRINO!

BPM Alcoi

Sig.: 35687/P. José M* Soriano /
Tít.: ¡Ha llegado un peregrino!
Aut.: Sentandreu Franco, Amalio
Cód.: 7788758 Reg.: 858269



R-858.269



¡HA LLEGADO
UN PEREGRINO!

POR EL

Dr. D. Amalio Sentandreu Franco

Arcipreste de Alcoy

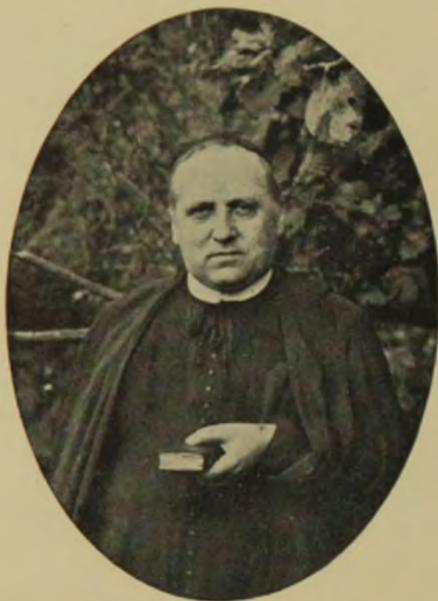
CON LICENCIA ECLESIASTICA.

ES PROPIEDAD.

*Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*



El Siervo de Dios, Casimiro Barelo
Morello, peregrino penitente.



Su Director Espiritual, el Rvdo. D. Juan
Sémino.

PROLOGO

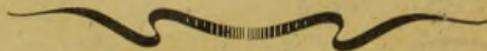
Una tarde de febrero, el 23 de 1884, un joven, de rostro pálido y flaco, vestido de una túnica de paño burdo, pies descalzos y cabeza al desnudo, entraba en Alcoy. La Ciudad, entregada a su trabajo, no reparó de momento en aquel insignificante personaje, mezcla en apariencia de mendigo y fraile, que por uno de esos designios de la Providencia había de incorporarse en breve a su historia. Al día siguiente, ya la curiosidad había mordido el corazón del pueblo y se corrió enseguida la voz: ¡ha llegado un peregrino! A los tres días la curiosidad habíase trocado en interés, cuando le vieron arrodillado toda la jornada del día ante el Santísimo Sacramento, en la Iglesia de Santa María; y el interés acabó en ruidosa admiración de este pueblo diligente y activo, que no abandona por nada su trabajo y sin embargo holgó por completo y se echó a la calle el día de su muerte, sólo por ver su cadáver, atraído por el señuelo de sus virtudes y fama de santidad. Y todo esto ocurrió en el breve espacio de un par de semanas. El peregrino era CASIMIRO BARELLO MORELLO.

Fué como un meteoro fugaz, que saliendo de Cavagnolo, un pueblecito de Turín, en tres años apenas, recorrió Italia, Francia y España, señalando su paso con un reguero de penitencia y amor al Dios Sacramentado; y después de brillar sobre Alcoy, en un último fulgor de mortificación, pobreza evangélica e incendios eucarísticos, ocultóse tras el horizonte infranqueable del sepulcro. Sus cenizas, que descansan en la Iglesia de San Jorge, rodeadas de aromas de santidad, después de 60 años, siguen atrayendo innumerables devotos, y todavía los más ancianos, señalándonos el puerto de Albaida, nos dicen con emoción incontenta: por allí, por aquellas montañas, llegó el peregrino.

Lector querido: por el camino blanco de estas páginas, donde he intentado recoger los heroicos pasos de su vida, su fama de santidad sus

PARTE PRIMERA

Vida y obras del Siervo de Dios



CAPITULO I

SUS PRIMEROS AÑOS

NACIMIENTO, BAUTISMO Y CONFIRMACION.—En el pueblo de Cavagnolo, diócesis de Cassale de Monferrato, provincia de Turín (Italia), vió la luz primera CASIMIRO BARELLO MORELLO el día 31 de enero de 1857, hijo de los honrados labradores José y Angela, y el mismo día recibió las aguas regeneradoras del Bautismo, imponiéndosele los nombres de Casimiro Juan María.

El sacramento de la Confirmación le fué administrado años después, el 13 de agosto de 1868, por Monseñor Pedro María Terré, Obispo de Cassale.

INFANCIA.—Lo que se conoce de Casimiro en sus primeros años es suficiente para darse cuenta que ya desde su tierna edad se distinguía por su afición al retiro y a la oración. Hay un dato que nos revela aquel gran espíritu de penitencia, que por providencial destino había de ser la característica de su vida: enfermó su madre durante el período de la lactancia y hubo de ser dado a nodriza. Pues bien; asegura uno de sus biógrafos, el Rdo. don Juan Buzio, Arcipreste de Cavagnolo, que, según aquélla le manifestó en repetidas ocasiones, los viernes el niño no quería tomar el pecho hasta la puesta del sol.

Aprendió las primeras letras en la escuela municipal del pueblo, que regentaba un tío suyo llamado Domingo Morello, y por él sabemos que era modelo de docilidad y aplicación, y tenía especial interés por aprender el Catecismo de la Doctrina Cristiana. Era moderado en sus juegos y recreaciones, e inclinado a la piedad, se distinguía por su compostura en el templo.

Obediente y modelo de amor filial, ayudaba a su madre en los pequeños quehaceres de la casa, y le asistió sobre todo con gran ternura en su larga y última enfermedad. Esta ocasión fué para él de mucho provecho, pues fomentó su innato amor al retiro, y con la lectura de libros piadosos y vidas de santos se encendió en su pecho una fervorosa piedad que era la admiración de su propia familia.

CAPITULO II

SU JUVENTUD

ALTERNATIVAS DE PIEDAD Y DISIPACION.—Muerta su madre el 13 de septiembre de 1869, quedó bajo la tutela del padre y de la abuela, y nos dice su prima Josefa Morello que no recuerda nunca haberle oído hablar mal ni contestar con orgullo. Crecía su piedad y escuchaba con suma atención las explicaciones que sobre la Eucaristía y la Santa Misa le daba la abuelita.

Perseveró, sin embargo, poco tiempo en este fervor. La misma Josefa Morello refería que, al año de muerte su madre, le pareció que cambiaba un poco de vida y se hizo un muchacho algún tanto disipado. El propio Casimiro confirma este juicio en unas palabras al párroco de Alberique (Valencia): «*La muerte de mi buena madre fué el principio de mis extravíos*». Y un amigo suyo contaba que Casimiro con otros jóvenes de su edad había ido algunos días de fiesta a bailar y que un año, el domingo del Rosario, había bailado en Monteu del Po. ¡Cómo recordó después Casimiro esta caída con lágrimas en los ojos y quiso reparar el mal ejemplo!

LA SANTISIMA VIRGEN SE LE APARECE Y VUELVE AL BUEN CAMINO.—Tenía Casimiro quince años; en esta edad los sentimientos son poco arraigados y el espíritu muy fácil y dispuesto a las impresiones sensibles; que ante su vista, era muy natural, se le ofrecía el mundo lleno de felicidades ilusorias y engañosas y que el camino que había empezado a recorrer era peligroso. Hubiera, sin duda, sucumbido, pero Dios le quería para sí y allí estaba El para impedirlo: interpuso una enfermedad de infección gástrica y éste fué el instrumento con que Dios le trabajó por medio de su Madre Santísima: en el período agudo de la enfermedad se le apareció la Santísima Virgen y le invitó cariñosamente a darse del todo a Dios y a una vida de penitencia.

Así lo cuenta el propio Casimiro en carta dirigida a su padre después del servicio militar, e invoca precisamente esta aparición para convencerle de que, si le pide el consentimiento para hacerse peregrino, no es por un capricho, sino por mandato de lo alto. Dice así: *«Aparecióseme la Santísima Virgen en forma de una gran Señora vestida de luz y claridad, siendo yo de unos quince años, durante aquella enfermedad que tuve, de la cual puedo asegurar que curé por intercesión de la Virgen, exhortándome a que me diera sin reserva al Señor e hiciera vida de peregrinación y penitencia. Mas por ingratitud mía, me he olvidado de todo y, sin embargo, esta buena madre no me ha dejado en abandono y se me ha aparecido de nuevo otras veces (dos más) y con lágrimas que corrían de sus ojos me ha llamado con amorosas palabras.»*

Efectivamente, Casimiro echó en olvido al poco tiempo aquella celestial intervención y recayó en la tibieza, pero la Santísima Virgen vino otra vez en su ayuda: de nuevo se le reproduce la enfermedad en 1873, que debió tenerle en cama casi un año entero, y María Santísima se aparece por segunda vez, diciéndole con rostro severo que esta enfermedad es un castigo de su infidelidad y que, si no se enmienda, ésta será la última llamada de Dios. Casimiro reconoce su desvío y llorando renueva su promesa de darse al Señor y en breve recobra la salud.

De esta visión fué a dar cuenta inmediatamente al cura párroco

de Cavagnolo, don Francisco Amione, diciéndole haber recibido revelación de Dios, llamándole especialmente a la vida de peregrinación y penitencia.

Este fué el principio de la vida fervorosa y penitente de Casimiro: ayudaba a su padre en las labores del campo, empleando el tiempo que le quedaba libre en la oración, y los días festivos pasábalos casi por entero en la iglesia en una actitud edificante. ¡Cuántas veces, oyendo la Santa Misa, se le vió levantarse de su sitio y acercarse al altar, momentos antes de la elevación, para contemplar más de cerca el gran Misterio que el sacerdote iba a realizar! A la oración unía la penitencia, ayunando a pan y agua todos los viernes, si bien podemos añadir que el ayuno era su compañero inseparable, pues su alimento era tan parco, que jamás dejaba el hambre saciada.

Sin embargo, esta vida fervorosa no acababa de llenar sus deseos; aquella llamada de la Santísima Virgen a hacer penitencia, de un modo especial, en el duro oficio de peregrino, martilleaba incesantemente su corazón, y por fin un domingo, al comenzar el otoño de 1875, abandonó la casa paterna.

PRIMERAS TENTATIVAS DE PEREGRINACION POR ITALIA.—CHIERI.—Marchó probablemente a Chieri con el propósito de consultar, al parecer, con los jesuitas que allí moraban, este extraño pensamiento, y aquí por espacio de un mes entero sujetaron a Casimiro a todo linaje de pruebas. Debieron ser aquéllos unos perfectos y completos ejercicios espirituales, y cerciorados los Padres, tras aquel experimento satisfactorio, de la divina voluntad, bendijeron su propósito y le alentaron a seguirlo como vocación divina.

SAMPIERDARENA, GENOVA, LORETO, ROMA, NAPOLES Y CAVAGNOLO.—Sale de Chieri, sin pasar por su pueblo, se encaminó por Alejandría y Novi a Sampierdarena, donde residió unos siete meses, y a Génova, adonde debió llegar allá por diciembre de 1875. Para ganarse el pan en una y otra población, se puso al servicio de diversos amos y generalmente se hospedaba en una modesta hostería de la viuda Transverso, cuyo pupilaje pagaba con escrupulosa puntualidad.

Su única comida era pan y agua; a lo más consistía en una especie de gazpacho sin substancia; y el tiempo libre lo pasaba en la iglesia, arrodillado ante el Tabernáculo. Todos le admiraban, y no podían comprender cómo un joven de dieciocho años poseyese una fe tan viva y un espíritu tan elevado de penitencia y oración. Era afable y humilde con todos, pero tanto imponía su continente, que nadie se atrevía a hablar incorrectamente delante de él. La patrona Transverso no cabía en sí de gozo por aquel huésped que le había caído del cielo en medio de tanto bribón como se albergaba en su casa, para cuyas procacidades y desvergüenzas era un freno con sus dulces palabras y con sola su presencia.

Desde Sampierdarena debió hacer algún viaje a la Casa Santa de Loreto y a Roma, según se desprende de la carta dirigida a su tío Domingo desde la Ciudad Eterna en 23 de mayo de 1875.

El sentimiento de haber marchado sin permiso de su padre, le obligó a escribirle en 8 de octubre del mismo año pidiéndole perdón y diciéndole que únicamente lo había hecho movido de un impulso interior que le empujaba irresistiblemente a peregrinar. También desde Génova escribió a su tío Domingo otra carta el 13 de diciembre y aun otra el 3 de enero de 1876, comunicándole que pensaba volver a casa. Pero Dios dispuso las cosas de otra manera.

Es muy posible que Casimiro no comprendiese entonces todo el sentido del llamamiento de Dios: es verdad que se alejó de su pueblo, que trabajaba para no ser gravoso a nadie, que a todos edificaba con una vida de verdadero santo; pero también es cierto que ya más de un año que había tomado el bordón de peregrino y casi no se había movido de Génova, y ya hablaba de reintegrarse a su familia. Un hecho, al parecer insignificante, le hizo ver claro que no era aquella vida, aunque muy perfecta, de prolongada permanencia en un mismo lugar, lo que Dios quería de él. Una mañana, cuando estaba trabajando de peón albañil en una obra, oyó tocar a misa en la cercana iglesia de las monjas de San Ignacio. Seguramente la escucharía todos los días, pero aquella mañana el sonido de la campana le impresionó tan vivamente, que, abandonando al instante el trabajo, corrió a oír la Santa Misa, pareciéndole que aquéllo era un aviso del cielo, que le

ordenaba peregrinar de pueblo en pueblo, y que su misión no era detenerse en lugar alguno; y así, a principios de 1876, abandonó la ciudad de Génova.

Su estancia durante el verano anterior en Roma, patria de los mártires, encendió sin duda su deseo de visitar los Santos Lugares de Palestina, patria del Rey de los mártires, y dirigióse a Nápoles con intención de embarcar para Tierra Santa. Sin embargo, Dios al mismo tiempo que le abría los caminos se los cerraba con obstáculos para probar su fidelidad, y ya a las mismas puertas de la ciudad del Vesubio, le detuvo la policía como vagabundo y le condujo al seno de su familia. ¡Misteriosas y complicadas las sendas de la Providencia!

SU PRIMER VIAJE A ESPAÑA.—Muy poco tiempo permaneció en Cavagnolo, pues, recobrada ya la libertad entre los suyos, su corazón no encontraba la paz, si no seguía los impulsos de su vocación, suficientemente ya conocida, y, obtenida la licencia de su buen padre, por Génova y Ventimiglia se encamina a España con el propósito de visitar el sepulcro del Apóstol Santiago.

Casimiro estuvo en España hasta que le llegó el tiempo del servicio militar. De este primer viaje a España tenemos pocas noticias. Algo se conoce de lo que contó a su hermano Conrado. Que recorrió gran parte de la Península, pues interrogado por su hermano dónde había estado tanto tiempo (año y medio), dícele: «*Han sido muchos los lugares de España y Portugal que he recorrido.*» También refería a su hermano que en cierta población de la Península había estado al servicio de un comerciante, como intérprete para la correspondencia italiana. El negociante, muy contento de sus servicios, hubiera querido retenerle siempre a sus órdenes, pero Casimiro, más obediente a la voz de su espíritu, despidióse cariñosamente de su patrón y partió. Muy cerca ya de la costa, en su afán incontenible de embarcar para los Santos Lugares, cayó enfermo y hubo de refugiarse en un hospital. Por cierto que, al enterarse el comerciante, corrió al hospital y consiguió llevarse al penitente a su casa. Más tarde dicho señor escribió al padre del peregrino, dándole cuenta de la enfermedad y mani-

festándole que le había prodigado toda clase de cuidados, como si fuera su hijo.

Otra de las cosas que le ocurrieron en otro lugar de España fué: que pidió limosna con otro compañero para entregarla a unos hermanos que sostenían un hospicio, y que en un solo día recogieron quinientas monedas y gran cantidad de trigo y garbanzos.

No es menos digna de referir la confidencia que hizo también a Conrado: díjole que en cierta ocasión, hallándose arrodillado en la iglesia llena de un inmenso gentío, al tiempo que se celebraban los divinos Oficios, vió encenderse en el sagrado recinto un vivísimo resplandor, que, mientras mostrábale a plena luz la bellísima imagen de la Santísima Virgen, ante cuyo altar estaba postrado, dejaba todo lo demás en completa obscuridad.

En esto, hacia fines de 1877, vió acercarse Casimiro el tiempo de cumplir el servicio militar y escribió a su padre pidiéndole dinero para el viaje. Todavía en el camino fué apresado cerca de Savona, pero, recibidos favorables informes de Cavagnolo, pudo marchar en libertad a alistarse a su pueblo natal.

CASIMIRO, SOLDADO.—Casimiro cayó soldado con el número 24 y fué incorporado al cuerpo de Cazadores: no debió dar muestras de muy buena puntería, cuando al poco tiempo se le destinó al 72 Regimiento de Infantería. Estuvo primero en Venecia y después en Verona, donde sufrió un arresto por haber rechazado los galones de cabo. En el verano de 1878, tomó parte en las grandes maniobras de Busolengo, y de este campamento pasó con su Regimiento a la guarnición de Pescara, donde entró de asistente del coronel, a cuyo servicio permaneció hasta su licenciamiento.

Su ocupación era cuidar del caballo y asear la habitación, la ropa y el despacho de su jefe; y en esto era exacto cumplidor de su deber y muy justo en sus cosas, pues una vez que un soldado le pidió que le cambiase su corraje estropeado por otro nuevo del almacén, no lo consintió de ninguna manera, diciendo que no era justo.

En sus primeros meses de recluta procuró mantenerse fiel a Dios;

no escondía su piedad por respetos humanos y resistía las solicitudes de sus compañeros dando valientes ejemplos de virtud.

Sabido es que la vida de cuartel asedia constantemente a los muchachos con fuertes peligros y malos ejemplos, escapar de los cuales es muy difícil sin un valor moral extraordinario y una gracia especial de Dios.

No es extraño, pues, que Casimiro, no pudiendo sustraerse al ambiente licencioso y asfixiante del cuartel, flaquease en sus buenos propósitos, y así, poco a poco, fué enfriándose en su fervor, hasta ceder a los halagos de la juventud. Llegó a ser por el momento un joven como los demás, divertido y amigo de francachelas con sus compañeros, y dióse a gastar alegremente en demasía. Sin embargo, aun en medio de esta disipación, conservó ese señorío espiritual que distingue a las almas selectas en sus caídas y fué siempre entre los soldados el buen Casimiro, noble y generoso; y jamás se le oyó hablar mal, ni usar lenguaje soez; si contrajo alguna deuda, tuvo el pundonor de liquidarla hasta el céntimo y llevaba su liberalidad en sus tertulias hasta pagar por entero el gasto. Sería, pues, hasta cierto punto injusto exagerar este extravío de Casimiro; porque no fué más que una pasajera sombra, sobre la cual resaltó más la luminosidad de su vida ejemplar; una pequeña tempestad, tras la cual lució más brillante y hermoso el sol de su virtud. Su buen sentido le hizo reaccionar en seguida, y muy pronto recobró su primitivo fervor.

Y es curiosa la traza de que se valió la Providencia, y en particular su gran protectora la Santísima Virgen, para volver al redil a la oveja extraviada. Estaba de soldado en Pescara, cuando un soldado de la guardia del calabozo le invitó a su casa, donde tenía preparado un altar para celebrar el mes de María. Casimiro mostró su agrado por esta invitación y pusieronse ambos a rezar el Santo Rosario. Cuando nuestro penitente oraba con más fervor, se le apareció la Santísima Virgen, que le echó en cara su poco recomendable conducta y le exhortó a que volviere a su antigua piedad y penitencia. Hizo una dolorosa confesión con tanto consuelo para su alma, que se ofreció enteramente a Dios para ya nunca jamás abandonarlo.

Este hecho marca el jalón más interesante de la vida de penitencia

de Casimiro : a partir de este momento crucial, su entrega a Dios fué total y definitiva, y diríamos que llegó a amarle con el mayor amor con que puede una criatura amarle en la tierra.

En efecto, sus últimos meses en filas fueron verdaderamente admirables por el ejemplo de santidad y apartamiento de todo género de vanidades ; se dió con tal ardor a la piedad, que atrajo sobre sí las burlas de sus compañeros, pero nada pudo despegar su voluntad de aquel firme propósito. Más aún, no contento con santificarse a sí mismo, quiso ejercer el apostolado castrense y trabajó con celo y mansedumbre por desterrar la blasfemia de las compañías, y a no pocos de sus compañeros de servicio logró arrancarles de las garras del mal, conduciéndolos a los pies del confesor y ganándolos para Dios.

El coronel quedó tan prendado de él, que, al entregarle la licencia, le propuso continuar en su casa, ofreciéndole pingüe sueldo. Pero Casimiro no quiso aceptarlo ; estaba decidido completamente a servir al Señor de los señores, y deseaba ser libre para emprender sin dilación el penoso oficio de peregrinar por el mundo. Por esto salió de Pescara con el batallón de licenciados y, en lugar de marchar a su casa, se apeó en la estación de Ancona, donde entregó a su compañero, Bartolomé José de Miguel de Brossolo, treinta liras que debía a su tío Domingo, y le encargó que saludase con mucho cariño a sus familiares y paisanos, y con un fuerte abrazo despidiése, diciéndole que se dirigía a Roma.

CAPITULO III

SU VOCACION DE PEREGRINO

A) EL PEREGRINO.

DOS CARTAS HISTORICAS.—Cumplidos sus deberes militares, desapareció el obstáculo mayor que se había atravesado en el camino de la vocación de Casimiro. Pero no era del todo libre: todavía le quedaban dos lazos que le ataban al mundo. Uno, era la patria potestad que le tenía vinculado a su hogar; buen hijo, no tendría la conciencia tranquila, si no le acompañaba en su viaje de peregrino el consentimiento y la bendición de su padre, como un ángel de buena guarda. Por eso escribió en seguida al autor de sus días pidiéndole licencia para peregrinar por el mundo; su hermosa carta es una confesión general de su pasado y revela un alma generosa sinceramente enamorada de Dios.

El otro lazo que le retenía era la palabra de matrimonio dada a su prometida; también, pues, escribió a su novia, rompiendo para siempre las relaciones amorosas; carta llena de bellísimos pensamientos y de hermosas exhortaciones a buscar un amor espiritual e imperecedero en Dios.

Ahora sí que era verdaderamente libre: No dudamos, por consiguiente, en calificar de *históricas* estas *dos cartas*, pues ellas fueron el hacha que cortó las amarras que le sujetaban al mundo, y entonces su alma, de cara a su destino, navegó a velas desplegadas por el mar de su vocación.

Podemos decir, pues, que aquí es donde se abre de par en par el capítulo de su vida: todo lo realizado hasta ahora ha sido como el prólogo. Un agitarse de todos los elementos naturales y sobrenaturales, combinados en maceración, que han acabado por cuajar en una firme vocación de peregrino. En adelante, en el aprecio de las gentes, en el vagar por los pueblos, en el crepitar de sus huesos quemados por una sobrehumana penitencia, en el epitafio que figurará sobre su tumba, no tendrá más que un nombre: *el peregrino penitente*.

B) SEGUNDA PEREGRINACION POR ESPAÑA.

UN HECHO PROVIDENCIAL LE TRAE A ESPAÑA: BARCELONA, TARRAGONA Y CAMBRILS.—Obtenido el permiso de su padre para peregrinar por el mundo, un viejo deseo suyo vuelve a retoñar: visitar los Santos Lugares, y por eso, después de una breve estancia en Roma, con este propósito salió para Livorno, y de aquí fué a Grosseto, donde escribió a su padre pidiéndole que le enviase los pasaportes. Debíó perderse la carta, porque, cuando volvió a Livorno, los documentos no habían llegado aún; y en vista de ello, y de que el tiempo apremiaba, embarcó en un navío con rumbo a los puertos de Oriente. Pero Dios, que lo reservaba apóstol del ejemplo para España, permitió que se levantase una furiosa tempestad: zozobró la nave, pero la mano del piloto celestial le empujó a nuestras riberas; y Casimiro llegó sano y salvo al puerto de Barcelona. Era esto a fines del año 1880.

Dice su director espiritual, el reverendo señor Semino, que en esta ciudad cayó enfermo y tuvo que refugiarse en un hospital, que debió ser el ya desaparecido de Santa Marta. Recobrada la salud, se entregó al servicio de los enfermos con tal paciencia y solicitud, con tal ardor y caridad, que sólo se concibe en un enamorado de Dios. Parecía que

hubiese nacido para ello y hubiera querido emplear el resto de su vida en tan santo ministerio. Pero la voz interior: «Casimiro, peregrina; Casimiro, peregrina», no le deja tranquilo, y un día abandonó el hospital y se puso en camino para Tarragona. ¡Así cumplía la divina vocación, venciendo hasta los deseos más puros de su alma!

Dice el señor Cura de Cambrils, el reverendo Grau, en una carta del 3 de mayo de 1884, dirigida a don José Cervera, Beneficiado de los Santos Juanes, de Valencia, que Casimiro estuvo en Cambrils el año 1881; que, viniendo de Tarragona un vecino suyo, llamado Monserrat, encontró en el camino a un pobre y le hizo subir al carro y se lo llevó a su casa, donde estuvo, por espacio de tres semanas, ayudándole en el servicio de transporte. Notaba el amo y su mujer Dolores que Casimiro comía muy poco, y, si se le obligaba a comer más, contestaba que no se lo había ganado. No quiso cama para dormir; apenas tenía un rato desocupado, se iba al zaguán donde siempre se le encontraba de rodillas; pasaba muchas horas, y tal vez toda la noche, en oración, pues se le vió a altas horas arrodillado. Viéndole tan pobre, le hicieron un vestido y él no quiso aceptarlo, alegando que no lo había ganado. Si le daban algunos cuartos, los repartía a los pobres. Confesaba con gran humildad y comulgaba con tanta edificación, que en la acción de gracias parecía un encendido serafín. Se dice que profetizó la muerte de dos hijas de su amo, María y Cecilia, que fallecieron el 9 y 26 de noviembre de 1883.

Aquí, en Cambrils, es donde recibió la noticia de que su padre se hallaba gravemente enfermo. Contestó que por falta de dinero no podía acudir a su lado, como ardientemente deseaba, pero que rogaba a Dios con mucho fervor por él. Más tarde, el 25 de septiembre de 1881, moría el padre, después de haber recibido con gran edificación los Santos Sacramentos, mientras en Cavagnolo se estaba dando una misión: no hay duda que las oraciones de Casimiro contribuyeron a que tuviese la muerte del justo.

ALMERIA, MURCIA Y ENCINAS-REALES.— En el verano de 1881 debió partir de Cambrils; sólo sabemos, sin embargo, que del 26 de julio al 11 de agosto estuvo enfermo en el hospital de Almería, en el cual dió motivos de gran ejemplo, según

consta por un certificado expedido por el director de aquel establecimiento.

Ya en el mismo mes de agosto aparece en Murcia, *«todavía convaleciente y con los dedos manchados de yodo»*, según refiere el muy ilustre señor don Joaquín de la Madrid, seminarista entonces y después Chantre de Toledo, que trató con gran intimidación a Casimiro, impresionándole tan hondamente su vida, que mostróse decidido a seguir e imitar al penitente. Con el rostro encendido y derramando lágrimas, decía Casimiro en una jerga que quería ser castellano: «¡Cherman, yo voleba amar a Dío!» Estas palabras, dice el señor de la Madrid, me hicieron ver con gran claridad su espíritu celestial.

Encinas-Reales (Córdoba).—En Carta de 29 de septiembre de 1929, dice el cura de dicha población que Casimiro estuvo por aquellas tierras en el invierno de 1881 al 82; que apareció allí el 25 de diciembre, hospedándose en casa de Fausto Puisebut, en donde se albergaban todos los pobres que lo solicitaban. Llamó la atención de los fieles por estar en la iglesia tanto tiempo arrodillado y en humilde actitud. Fausto y su familia notaron que con la escasa y mísera comida que se servía a la mesa, todos quedaban saciados y aun sobra; y que no consentía utilizar el jergón de paja y la manta que le pusieron, pasando las noches en continua oración. Entonces es cuando parece que se retiró a un desierto, según él mismo contó a su director espiritual.

CASIMIRO SE RETIRA A UN DESIERTO.—La muerte de su padre hizo nacer en Casimiro el deseo de volver a casa para consolar a sus parientes; así se desprende de unas cartas que escribió a su familia. Pero un acontecimiento importante hubo de retenerle un año más en España,

Como leemos en las vidas de los santos, todos, quien más quien menos, hubieron de pasar por la prueba de la tentación. Casimiro, llamado a grandes cosas, no podía sustraerse a esta ley del orden sobrenatural; y en el invierno de 1881 al 82, mientras se disponía a volver a Cavagnolo, fué asaltado por una terrible tentación contra la santa pureza, y temiendo ofender a Dios, a quien se había consagrado,

y creyendo que el remedio más eficaz para liberarse de aquella diabólica sugestión era dejar por algún tiempo la vida de peregrino y hacerse eremita, retiróse a un desierto.

Allí comenzó una vida asperísima y de alta contemplación. Sólo se mantenía de hierba y raíces crudas; el poco reposo que tomaba era a la intemperie y sirviéndole las rocas de almohada. A pesar de ello la tentación arreciaba, acompañando su violencia con aridez de espíritu, pero él redoblaba sus penitencias revolcándose entre las espinas y sumergiendo su cuerpo en agua frigidísima.

Un día, fué tal la furia de la tentación y se apoderó de él tan gran desconfianza y desfallecimiento, que, casi desesperando de vencerse, dióse a golpearse el pecho fuertemente con una piedra, buscando con angustia la muerte que le librase de aquel tormento. Era el momento espionado por Dios para poner término a la prueba: mientras Casimiro, arrodillado, con la cabeza inclinada sobre el pecho mostraba en su rostro las huellas de la lucha interior y sus labios temblaban murmurando una oración, sintió una fuerte sacudida; una fuerza espiritual desconocida levantó su caído corazón y se vió envuelto en una luz vivísima; alzó en seguida el rostro y vió a su amado Jesús, que sonriente le dirigía palabras de consuelo inefable. Dulcemente Jesús le reprendió por haber dudado de su gracia, y le intimó que abandonase la soledad y anduviese peregrinando por el mundo, prometiéndole su celestial e infalible ayuda.

Confortado Casimiro con esta visión, se sintió completamente libre de la tentación, y, agradecido a Dios, se obligó con voto a andar siempre descalzo, descubierta la cabeza y vistiendo, a raíz de sus carnes, una túnica de paño burdo y al cinto una cuerda, y a no aceptar otros dones que el pedazo de pan que le bastase y recibiese de limosna.

Dios no se dejó vencer en generosidad por su siervo, y agradecido a su ofrecimiento, derramó sobre su cabeza abundantes bendiciones. Dice uno de sus biógrafos, que jamás sintió ya estímulos de la carne; su oración fué siempre fervorosa y una dulzura angelical se reflejaba siempre en su rostro, mientras una fuerza sobrenatural

le animaba a desear los sufrimientos, los desprecios y las humillaciones.

TARANCON, MADRID Y ARGANDA DEL REY.—Convertido por la gracia en un hombre enteramente nuevo y vestido con tales trazas, reanudó su peregrinación por los pueblos de España y a mediados de 1882 aparece en Valverde del Júcar, en donde se admiró su paciencia, al ser apedreado por unos niños que luego acarició; y cuenta el vecino José Patiño, que le albergó en su casa, que pasó la noche en el suelo, renunciando a la cama que se le ofreció.

El 25 de agosto estuvo en Tarancón, desde donde escribió a su tío Domingo Morello, interesándose por los asuntos domésticos. Por haber perdido los pasaportes y documentos, debió ser detenido en el camino hacia Madrid, pues consta que el 1.º de septiembre de 1882 fué internado en la prisión del Saladero de la capital de España, según datos tomados de la misma cárcel, edificando a sus compañeros de cautiverio hasta el día 14 del mismo mes, en que, por influencia del cónsul italiano, fué puesto en libertad.

Salido de la cárcel, después de una temporada en Madrid, presentóse en Arganda del Rey en los últimos días de noviembre. Es interesante cuanto nos dice una carta del vecino de Arganda don Pascual Castellano a don José Valero, de Alcoy. Entre otras cosas de su conocida piedad, cuenta que le vió comer con la mayor fruición una especie de menestra en frío, si así puede llamarse, hecha de restos de hojas de col, agua, unos pedacitos de pan, y un poco de vino, en una de las tiendas de la población; y que un tal Severiano del Toro le ofreció su casa, escogiendo Casimiro para sí el hueco de una escalera ruinoso que había en el corral y un haz de paja. Todo el pueblo quedó edificado con su conversación y ejemplo de austeridad.

Y es curioso que un hombre como Severiano del Toro, de corazón hospitalario, que recogía en su casa cuantos pobres se presentaban, pero rústico y de poca sensibilidad, a quien aquel caritativo oficio nunca causaba la menor preocupación ni quitaba el sueño, es

curioso, repetimos, que la noche que Casimiro durmió en su casa, lo confiesa él mismo, no pudo pegar un ojo en toda la noche, pensando en el pobre de debajo de la escalera, y que, al ver la humildad, la dulzura y la penitencia de Casimiro, quedóse tan maravillado, que le hizo entrar en sí y cambiar de vida, que hasta entonces no había sido muy recomendable.

C) ABANDONA ESPAÑA Y PEREGRINA POR FRANCIA E ITALIA.

MONTPELLER, SAVONA Y CAVAGNOLO.—En el mes de diciembre de 1882, Casimiro abandonó España con dirección a su pueblo. A su paso por Francia, en Tolosa, los doctores de la Academia de Medicina le hicieron un amplio reconocimiento, midiéndole su ángulo facial y las pequeñas protuberancias de su cráneo, deduciendo de su examen que Casimiro tenía desarrollada la protuberancia religiosa y diciéndole al despedirle: «*Usted es un monomaniaco religioso.*» A lo que contestó Casimiro: «Es decir, que soy un loco, loco de amor de Dios? Muchas gracias, señores; yo me encuentro muy feliz en mi locura.»

En Montpellier le prendieron, y a los tres días fué sacado de la cárcel con orden de cortarle el pelo, la barba y que dejase el hábito de peregrino, cosa que no impidió que lo volvieran a detener en Savona; pero, recibidos los informes de Cavagnolo, fué remitido a su pueblo, señalándole el itinerario en una hoja de ruta.

CAVAGNOLO.—Hacia fines de febrero de 1883 entró Casimiro en su patria chica, Cavagnolo. Sus parientes le recibieron con grandes demostraciones de alegría; pero llegaba tan derrotado, que daba compasión verle: aquella extraña vestimenta destrozada, los pies descalzos y estropeados, la cabeza desnuda, barba y cabellera habían vuelto a crecer en desorden.

Todos, sin embargo, notaron que se había operado en él un gran cambio. El último viaje demostraba Casimiro cierto reparo por aparecer en público y era poco locuaz. Al contrario ahora, mostrábase siempre alegre, se paraba frecuentemente a hablar muy

a gusto con sus parientes y amigos y para todos tenía siempre alguna buena máxima.

Un mes estuvo en casa de su hermano Conrado, durante el cual le vieron sus paisanos hacer este género de vida: ya muy temprano se iba a la iglesia, oía la Santa Misa y allí pasaba el resto del día arrodillado, sin apoyo ninguno, con los brazos cruzados ante el pecho y la mirada fija, sin parpadear, en el Sagrario. Muchas veces su hermano y el arcipreste, temerosos de que tales excesos y prolongado ayuno acabasen con su salud, le rogaban viniese a tomar algo; pero él rehusaba cortésmente y continuaba su oración. Solamente al anochecer, una vez cerrada la iglesia, solía retirarse y tomaba un poco de alimento con su familia.

No obstante tal vida de continua oración y asombrosa penitencia, le parecía que estaba perdiendo el tiempo y decidió marcharse otra vez de Cavagnolo. Fué en esta ocasión cuando, deseando imitar la pobreza de Nuestro Señor, renunció a su legítima paterna en favor de su hermano, no reservándose nada.

GENOVA.—Al salir de Cavagnolo, expuso a su hermano la gran ilusión que tenía por visitar los Santos Lugares. Sabemos que le dominaba este pensamiento y sólo en ocasiones renunciaba a él a costa de insuperables dificultades; con esta idea emprendió el viaje.

El 18 de marzo de 1883 llegó a Sampierdarena, un arrabal de Génova, albergándose en casa de la piadosa viuda Transverso, su patrona de otro tiempo. Todas las mañanas iba a Génova y, después de pasar la jornada entera delante de Jesús Sacramentado, regresaba por la noche. El primer día llamó la atención de la policía, que le detuvo, llevándole a la cárcel de San Andrés; pero, viendo sus documentos en regla, se le dejó en libertad, y el propio prefecto, edificado con su humildad y la serenidad de sus respuestas, le despidió diciéndole: «*Haced cuanto queráis y rogad por mí, que bien lo necesito.*»

Pero, viendo que tantas idas y venidas le restaban mucho tiempo, aceptó en Génova la hospitalidad de una excelente familia. Aquí

es donde trabó amistad con don Juan Semino, Vicedirector del Seminario de Hijos de María, que luego fué su director espiritual por todo el resto de su vida, y dió grandes ejemplos de humildad y de vida espiritual a los seminaristas.

Las personas piadosas y muchos sacerdotes, recordando la fama de santidad que nuestro peregrino había dejado en su anterior estancia en esta ciudad, se disputaban el honor de hablar con él y ofrecerle sus limosnas; pero Casimiro, que hubiera querido que nadie le robase tiempo del Sagrario, se disculpaba con humildad, y lo poco que se veía obligado a aceptar por obediencia, lo repartía al instante entre los pobres. Sus ejemplos y palabras lograron muchas conversiones, atribuyéndose a su intercesión varias curaciones.

Pero también la gente mala le perseguía y, cuando pasaba por las calles, iba tras él alborotando una turba de mozalbetes, que no cesaban de insultarle y escarnecerle. Casimiro todo lo sufría con gran mansedumbre. No obstante, las cosas llegaron a tal punto que, pretextando posibles desórdenes, la autoridad dió orden de expulsarle de la ciudad. Estaba de Dios que su designio fuese peregrinar, peregrinar siempre, y hasta los malvados cooperaban providencialmente a que iluminase otros pueblos con la antorcha de su ejemplar vida.

ZOAGLI, MODENA, RIMINI, LORETO Y LANCIANO.—Obediente a la orden, aunque injusta, de la autoridad, el 3 de mayo de 1883 salió Casimiro de Génova y, pasando por Bogliasco y Sori, se detuvo el 4 a comulgar en Zoagli, edificando a todos con su recogimiento. El 12 de mayo entró en Módena, donde pasó cinco días en la cárcel. El 23 del mismo mes le encontramos en Rimini, en cuya catedral comulga, y, después de orar en la iglesia de Santa Clara ante la imagen de su auténtico modelo, San Benito de Labre, el gran penitente italiano, parte para Loreto. ¡Qué efluvios amorosos desarrolló en aquella Santa Casa!

A primeros de junio llega a Lanciano y es de mucho valor cuanto aquí le acontece: al entrar en la catedral le sorprende el canónigo Arcediano, a quien le da el corazón que se halla en presencia de un hombre de Dios. Pero, temiendo equivocarse, le observa con cui-

dado y encarga su vigilancia a tres personas. Todos los informes coinciden en confirmar aquella primera impresión y acaba por hospedarle en su casa y someterle a un estrecho y minucioso interrogatorio sobre su vida y vocación, quedando altamente sorprendido de sus respuestas sencillas, a la par que sublimes. Casi por dejar un recuerdo a su querido amigo el penitente, le inscribe el canonigo en la Tercera Orden de San Francisco.

MONTEFALCONE DEL SANNIO.—De Lanciano pasó Casimiro a Montefalcone del Sannio, donde, al verle salir de la iglesia con aquella extraña indumentaria, unos guardias le tomaron por loco y le llevaron a la cárcel, libertándole la intervención del arcipreste local, y en la mañana del 12 de junio entró en

TRIVENTO.—Su estancia en esta ciudad fué brevísima, pero muy rica en dar a conocer a Casimiro nada menos que el Obispo de esta Diócesis. De lo que en la capital y algunos pueblos ocurrió, tenemos noticia por una cuidada relación que dejó escrita el mismo Obispo de Trivento, Monseñor Fray Luis Agacio: dice este señor Obispo que Casimiro, el día de su llegada, después de una prolongada oración ante el Santísimo en la catedral, entró en la sacristía buscando un confesor para reconciliarse. Justamente acudió al Vicario General don Francisco Javier Cioffi, quien quedó tan maravillado del gran espíritu y piedad del penitente, que lo puso en conocimiento del Obispo, el cual, ardiendo en deseos de conocerle, le llamó a su presencia. Allí tuvo con Casimiro una conversación de profundo sabor espiritual, admirándose de que un pobre peregrino hablase de ascética como un doctísimo teólogo, y, después de obligarle a sentarse a su mesa, donde podemos suponer lo que comería, le despidió con su bendición y alentándole a proseguir su vocación.

CAMPOBASSO.—Sobre las cuatro de la tarde del día 13 salió Casimiro de Trivento y se encaminó a Salcito, pueblo que dista un kilómetro de Trivento. Aquí conquistó el penitente un compañero de peregrinación, llamado Francisco Aliseda, que no perseveró. Este contaba muchas cosas de Casimiro, que vienen a confirmar su espíritu de piedad, pobreza y penitencia.

Y así fué recorriendo muchos pueblos de la Italia meridional: Frossolone, donde con el Arcipreste y el Clero tuvo una conferencia en la sacristía, hablando de la difícil materia de la gracia; San Biase, donde un comisario recibió una lección de fe, y Agnone: aquí, al día siguiente de la Virgen del Carmen, el sacristán le sacó bruscamente de la iglesia al terminar las Cuarenta Horas; y cuando, al año siguiente, este mismo sacristán vió el retrato de Casimiro en la prensa, que publicaba su muerte en olor de santidad en la ciudad de Alcoy, dijo con gran dolor: «¡ Si yo lo hubiera sabido, le hubiese dejado estar con mucho gusto toda la noche en la iglesia! »

¡ Lástima que toda esta peregrinación por Italia, que evangelizó con su ejemplo y tantos frutos iba cosechando, se viese repentinamente truncada! En agosto de 1883, había ya llegado Casimiro a Campobasso. No hizo más que penetrar en la ciudad, cuando una turba de rapaces, más por curiosidad que por otra cosa, echaron tras él y escuchaban atentos cuando les hablaba, siguiéndole a todas partes. Los guardias, tomándole por un tonto, y para evitar aquel espectáculo, le encerraron en la cárcel, donde estuvo por espacio de ocho días, hasta que, habida información de Cavagnolo, fué puesto en libertad. Pero cayó en manos del Gobierno Militar, al ir a pasar la revista, y éste ordenó fuese conducido a su pueblo. Dice el brigadier de Brusasco que el itinerario que siguieron fué este: Campobasso, Pistoia, Pisa, Livorno, Génova, Turín, Chivari y Cavagnolo. Nadie podrá imaginarse lo que sufrió aquella alma durante tan penoso viaje sin Misa, sin comunión y sin visitas al Santísimo.

CAVAGNOLO.—Era a mediados de septiembre de 1883 cuando los guardias entregaron al peregrino en manos del alcalde de Cavagnolo, y éste exhortóle a quedarse en el pueblo y le puso en libertad. Es de suponer con cuánta alegría le recibieron sus hermanos, parientes y amigos: con lágrimas en los ojos le rogaban que cambiase de vida, que se quitase aquel hábito y que no les dejase más; hasta se comprometieron a mantenerle a sus expensas. Era natural: les dolía que anduviese siempre por el mundo, siendo el desprecio y la burla de todos. Sin embargo, ni cambió de vida ni de hábito: la oración continua y los desprecios eran su alimento diario.

Por eso, recorría todos los pueblos de la comarca cuando mayor era la afluencia de gente, en busca de humillaciones. Esto produjo en Cavagnolo y los pueblos limítrofes dos corrientes de opinión: para unos, Casimiro era un santo; para otros, incluso algunos parientes, era un fraile holgazán. A pesar de saber Casimiro esto último, después de estar un mes en su casa, hubiera quizás prolongado su estancia, y sin duda pasó por su mente el quedarse por más tiempo; sus parientes concibieron alguna esperanza, cuando vieron que se hacía construir un pequeño albergue (dos metros cúbicos) en un solar cercano a su casa, donde podría retirarse a una completa soledad. Pero cierta observación del párroco de Brusasco le hizo anticipar su partida. Un día en que fué a comulgar a este pueblo, díjole don Antonio del Mastro que, para llevar aquella especie de hábito, necesitaba permiso del Obispo diocesano. Aquello fué para él una revelación: no podía conciliar aquel amor al hábito tan querido, fruto de un voto a Dios, con la obediencia debida a su Prelado, y ello le pareció un aviso del cielo y encendió una nueva luz en su alma: se había parado y su destino era caminar, peregrinar siempre hasta su muerte. Por eso a todos los ruegos e insistencias de sus parientes contestó: *«He de partir, he de partir: Dios lo quiere.»* Y partió.

D) TERCERO Y DEFINITIVO VIAJE POR ESPAÑA.

a) Camino de España.

ITALIA.—La víspera de partir se presentó Casimiro en el Ayuntamiento pidiendo los pasaportes. ¡Qué diálogo más interesante con el Síndico! Después de un forcejeo admirable obtuvo el documento, y el 8 de octubre por la mañana, muy temprano, salió de Cavagnolo para no volver jamás.

Entró a comulgar en la iglesia del cercano pueblo de Brossolo y, atravesando San Cándido de Nurissengo, siguió a Cassale, con el propósito, sin duda, de ver al Obispo y conseguir la licencia para vestir de peregrino. Aquí le detuvieron y, después de mostrar sus documentos, apeló a un tío suyo sacerdote, llamado don Santiago

Morello, que a la sazón era director del hospital del Espfritu Santo de aquella ciudad, con tan buena fortuna que allí se encontraba también el otro tfo a quien ya conocemos, don Domingo Morello, y a la intervenció de estos varones debió su libertad; despidióse con gratitud de ellos, diciendo que iba a Génova a consultar con su director espiritual sobre su proyectado viaje a España. Pasó por San Salvador y Alejandría; estuvo de nuevo en Sampierdarena y Génova, en cuya ciudad no le dejaron entrar, y continuó su viaje por la ribera de Poniente, llegando a Arenzano a mediados de octubre. El mismo día de su llegada, por la tarde, aun permanecía orando ante Jesús Sacramentado, y a la mañana siguiente salió de este pueblo siempre con direcció a España.

FRANCIA: FREJUS Y SAN MAXIMO.—El 28 de octubre ya Casimiro había entrado en Francia y se encontraba en la ciudad de Frejus, desde donde, por medio del Abad de los Mínimos de San Francisco de Paula, Fray José Cappatti, escribió a su director espiritual, dándole noticias y diciéndole que se dirigía a Tolón y Marsella.

El 1.º de noviembre llegaba a San Máximo, e impresionado el párroco, por haberle observado toda la mañana arrodillado ante el Sagrario, al verle entrar en la sacristía, donde preparaba a los niños de Primera Comunió, le interrogó de esta manera: «Hermano, ¿qué puedo decir de vuestra parte a estos rapaces?» El siervo de Dios respondió: «Dígales que es cosa muy importante que pongan sumo cuidado en prepararse para recibir por vez primera al buen Jesús. Si hacen bien la Primera Comunió, El les concederá la gracia de hacer bien la última.»

b) **En España.**

MONSERRAT, TURIS, VALENCIA.—Entró, por fin, en España para ser definitivamente nuestro este sol moderno de la penitencia, que aquí dió sus últimas llamaradas. El día 8 de diciembre se le vió bajar del santuario de Monserrat, todo cubierto de nieve, y el 3 de enero de 1884 se encontraba ya en Turís (Valencia), desde cuya població escribió a su director espiritual dándole sus

señas para Alicante. No era su ánimo entrar en Valencia, sino marchar apresuradamente a Alicante. Pero Dios lo dispuso de otra manera: por tres veces tomó el camino de esta capital y otras tantas erró su ruta, y vino a encontrarse, sin saber cómo, a las puertas de Valencia. Entonces vió, en este equivocarse el camino, que Dios le llamaba a Valencia y: «yo no resisto más —dijo—. Dios quiere que entre en esta ciudad».

Quedábase de noche los primeros días en un pajar, cerca de Campanar. Caritativas personas le ofrecían alojamiento en la ciudad, pero él no aceptaba diciendo que a su condición de peregrino le estaba mejor aquel pajar. Un piadoso caballero, don Teodoro Minguet, observando la humildad y mansedumbre con que procedía aquel, al parecer, misterioso personaje, se decidió a seguirle por ver dónde se albergaba, y consiguió llevarse a Casimiro a su casa, vencido éste por la obediencia a un sacerdote, don Ginés Segarra, Beneficiado de San Andrés, de esta ciudad.

Vivía don Teodoro Minguet en la casa núm. 1 de la calle de Rubiols, y allí vió nuestro Casimiro trocado su miserable pajar por una vivienda confortable. No por eso, sin embargo, dejó de seguir su penitente y ejemplar vida: observóse que el único colchón sobre el suelo, sin manta ni abrigo de ningún género, no conservaba la huella de que se hubiese acostado el joven peregrino, el que, por otra parte, pasaba horas enteras ante una imagen de la Virgen. Por la mañana, alrededor de las cuatro, se marchaba a la puerta de cualquier iglesia y se estaba arrodillado, meditando, hasta que abrieran; entraba, oía todas las misas que podía y, recibida la Sagrada Comunión, después de fervorosa acción de gracias se trasladaba a la iglesia donde aquel día se celebraban las Cuarenta Horas y, postrado, permanecía hasta el anochecer en actitud tan dulce y fervorosa, que aun las personas más indiferentes quedaban maravilladas y conmovidas, conociendo todos que él estaba fuertemente atraído por la presencia del Señor y deliciosamente absorto en sus celestiales contemplaciones.

ALGINET, ALCUDIA, ALBERIQUE, JATIVA, BELLUS, SEMPERE, GUADASEQUIES, ALFARRASI, MONTAVERNER,

ALBAIDA Y COCENTAINA.—Un mes permaneció Casimiro en Valencia, y su estancia en esta capital fué de gran provecho para las almas. El 5 de febrero reanudó su peregrinación el siervo de Dios, y su paso por los pueblos de Masanasa, Alginet y Alcudia fué considerado como una merced del cielo. Su primera visita era a la iglesia y, si estaba cerrada, en la misma puerta hacía su oración; a muchos parecían un mensajero del cielo que clamaba al Dios de las misericordias piedad para su pueblo.

Desde el 9 al 19 de febrero estuvo Casimiro en Játiva, y nos haríamos interminables, si reseñáramos los varios y edificantes episodios que cuenta de Casimiro el reverendo don José Pla, Cura párroco de San Pedro, de dicha ciudad, y luego Abad de su Colegiata, ante cuyas escenas muchos veían en Casimiro, no un simple hombre, sino un santo, fiel hechura de Jesucristo.

El mismo entusiasmo despierta por los pueblos de Bellús, Sempere, Guadasequies, Alfarrasí y Montaverner, en donde, a los gritos de «el santo llega», salen todos a recibirle y le acompañan a la iglesia. Más de dos horas estuvo Casimiro postrado en el umbral de la puerta de la parroquia de Albaida; acudió la multitud a contemplarle, mas él permaneció en su éxtasis, ajeno a cuanto le rodeaba. Al día siguiente, que era 22 de febrero, salió Casimiro para Cocentaina, pernoctando, a ruego de un religioso franciscano, en el convento. Allí besó los pies al lego que le daba la escudilla, y el 23 por la tarde salió para Alcoy, término de su peregrinación sobre la tierra.

CASIMIRO, EN ALCOY.—El 23 de febrero, a las cuatro y media de la tarde, entraba Casimiro, el extático adorador de la Sagrada Eucaristía, en la ciudad eucarística por su historia, la ciudad de Alcoy. Nadie sabía nada de su llegada. Sólo el comerciante don José Valero tenía noticias de su venida por conducto de su padre, residente en Játiva, encomendándole se ofreciera en lo que pudiera serle útil, pues reconocía en el Penitente un hombre extraordinario. Y, al ver pasar por delante de su tienda a un joven, descalzo, descubierta la cabeza, pálido el rostro y cubierto su cuerpo con una túnica rajada, reconoció en él al Peregrino italiano que tantos entusiasmos

había despertado en Valencia y en Játiva, y echó a correr tras él con el propósito noble de invitarle a hospedarse en su casa, alcanzándole cerca de la iglesia. Rehusó cortésmente Casimiro, alegando su suciedad y miseria, mas la Providencia divina interpuso algunas dificultades para que Casimiro se viera obligado a acceder a los deseos del piadoso comerciante, no sin antes pedir el rincón más humilde de su casa.

Sólo el anuncio de la entrada de Casimiro en aquella casa fué ya una bendición: la esposa del señor Valero se hallaba próxima a dar a luz y en tan grave situación, según dictamen de los médicos, que peligraba su vida; el afligido comerciante se acogió a las oraciones de Casimiro, quien le dijo: «*Yo no puedo nada y lo puedo todo*»; y, cuál no sería su sorpresa, cuando vió que, a pesar de todos los fatales pronósticos, nacía felizmente un niño, y madre e hijo se salvaban por milagro. Al día siguiente, 24 de febrero, apadrinaba nuestro Casimiro en la pila bautismal al recién nacido, a quien se impusieron los nombres de Angel Casimiro, recibiendo con extremada alegría tal distinción y prometiendo cumplir, dijo, muy serias obligaciones para con su ahijado.

CAPITULO IV

ENFERMEDADES Y MUERTE

A) ENFERMEDADES.

ALGUNAS DOLENCIAS.—En los últimos días de su permanencia en Valencia se alarmaron algunos amigos de Casimiro al observar que tenía muy hinchados los pies. Muy transitorio debió ser este síntoma en aquella ocasión, pues, cuando llegó a Játiva, gozaba en apariencia de perfecta salud; mas la víspera de su salida de esta ciudad volvió a repetirse este fenómeno. A varias causas se atribuía esta dolencia, pero más acertado anduvo el médico don José Goula Ordey, de Játiva, quien, al notar la hinchazón de los pies de Casimiro, dijo a su esposa que éste debía tener algún órgano interior lesionado y que su vida sería muy corta: pronto los hechos vinieron a confirmar tan triste diagnóstico del facultativo. Cuando llegó a Alcoy, estaba ya herido por la enfermedad que le llevó al sepulcro.

ULTIMA ENFERMEDAD.—El mismo día del bautizo del hijo del señor Valero vino a retirarse a casa tiritando de frío y con

mucha fiebre. Al día siguiente, 25 de febrero, fué llamado el doctor don Antonio Tormo, quien le ordenó mucho reposo, pero no se le pudo convencer de que dejase las Cuarenta Horas. El día 26, último de Carnaval, abandonó muy temprano la casa del señor Valero y todavía estuvo ¡catorce horas arrodillado ante el Santísimo expuesto! Al anochecer pidió ser conducido al asilo de las Hermanitas de los Pobres, y cuando al día siguiente fueron a verle el señor Valero y el reverendo señor Jordá, le encontraron tan enfermo, que decidieron trasladarle a la enfermería. Oír la enfermería y querer volver al pobrísimo aposento que había él escogido en casa del señor Valero, todo fué una misma cosa: ¡la enfermería le parecía demasiado regalo! Y el día 28 por la mañana, después de oír misa y comulgar, se acogió ya definitivamente a la caridad de don José Valero.

Todavía el 1 de marzo, despreciando su enfermedad y contra el parecer de todos, sólo escuchando la voz de su corazón, fervoroso amante de la Eucaristía, se fué a la iglesia del Santo Sepulcro, donde oyó misa y comulgó; pero ya no pudo más, sus fuerzas se rindieron a la grave dolencia, y retiróse en seguida a casa del señor Valero, de donde ya no volvió a salir sino para el cementerio.

Los médicos, don Antonio Tormo y don Elías Sancho, calificaron su enfermedad de calentura gástrica, que desembocó en una franca tifoidea. El enfermo iba agravándose por momentos. No podía ciertamente prolongarse por mucho tiempo aquella vida de austeridad y penitencia: doce y catorce horas diarias y aún más, arrodillado en la iglesia; un amor de Dios tan encendido, que, haciendo latir fuertemente su corazón, le sumía en mortales deliquios; pasar las noches a la intemperie en la oración y lágrimas; recorrer centenares de leguas, desnudos los pies y descubierta la cabeza a través de nieves, lluvias y tempestades, ¿es esto posible sin un milagro?

El día 7, en vista de que se acentuaba la enfermedad, se decidió administrarle los últimos Sacramentos y recibió con todo fervor el Santo Viático y la Extremaunción; desde este momento recogióse en sí mismo y prefería que le dejaran solo para prepararse a dar el gran paso a la eternidad.

B) PRECIOSA MUERTE DE CASIMIRO Y SEPULTURA.

MUERTE.—Deseando nuestro penitente morir completamente pobre, como había vivido, ya antes había hecho entrega al señor Valero, para su ahijado, de las prendas que llevaba encima, lo único que poseía: entre otras, el hábito, el rosario y cordón; y a la esposa del señor Valero, por llamarse Pilar, una imagen de la Virgen del Pilar, que llevaba siempre consigo desde Zaragoza.

El sábado, día 8, habían perdido los médicos toda esperanza de salvarle, y el domingo por la mañana se temía ya un funesto desenlace. Durante este último día no faltaron ni un momento a Casimiro sacerdotes y piadosos seglares, que iban sugiriéndole santos pensamientos en aquellas horas para él tan solemnes. Postrado como estaba Barello por la calentura y debilidad, pocas palabras podía pronunciar, pero oía, sentía perfectamente, y así lo daba a entender con expresivas miradas. «*Hermano Casimiro* —preguntóle entonces el famoso médico don Antonio Tormo— *¿se ofrece usted a ser la víctima que Dios pide por los pecados de Alcoy?*» Casimiro, con la expresión del semblante, dió a entender que estaba dispuesto para el sacrificio. ¡Que no lo olviden los hijos de Alcoy!

Y llegó el momento decisivo. Casimiro, aunque conserve un hábito de vida, ya no pertenece a este mundo; ya no ve a los que se agrupan en su estancia; ya no percibe las lágrimas, ni oye los sollozos de los circunstantes; ya no siente la presión de las manos del señor Valero, que con tanto cariño aprisiona las suyas, como queriendo evitar que se escape aquella preciosa vida; su vista vaga se ha fijado, desde algunos instantes, en un cuadro situado a los pies de su cama, que representa a Jesús en la agonía, y que le ha servido de contemplación en otras ocasiones: ahora, le contempla absorto. Después, elevando al cielo su mirada, permanece como arrobado unos segundos en extática contemplación. Una expresión inefable inunda su rostro, y una dulce e indescriptible sonrisa se dibuja en sus labios, y sus ojos se cierran, y expira dulcemente. Eran las cuatro y media de la tarde del día 9 de marzo de 1884.

ENTIERRO Y HONRAS FUNEBRES.—Pocas horas después

de la muerte de Casimiro, se constituyó en la misma casa mortuoria una junta compuesta de elementos del clero y de todas las clases sociales para organizar el entierro y funerales. Por la noche, 9 de marzo, en vista de la ansiedad que había por ver el cadáver, fué éste trasladado, en una caja con cubierta de cristal, a la iglesia de San Jorge, en donde permaneció hasta el martes 11, en que se verificó el entierro. Vióse con este motivo la iglesia invadida por un público numerosísimo que se atropellaba por acercarse al difunto, habiendo necesidad de encauzar esta corriente humana por medio de una continua vigilancia para evitar desgracias.

El acompañamiento del entierro se componía: de los asilados de las Hermanitas de los Pobres y Beneficencia, la banda de música y seguían los religiosos franciscanos de Cocentaina; los cleros de las dos parroquias de la ciudad, Santa María y San Mauro, y dos curas párrocos de Játiva, siendo llevado el féretro por religiosos franciscanos. El aspecto que presentaban las calles y plazas del tránsito no podía ser más imponente. Un inmenso gentío contemplaba el desfile, guardando respetuoso silencio y manifestándose vivamente impresionado por la solemnidad del acto; los balcones aparecían atestados de gente, ofreciendo un golpe de vista grandioso y deslumbrador, que no podía menos de conmover los corazones y arrancar lágrimas de ternura. De regreso del cementerio, se cantó en la parroquia de Santa María una solemne misa de Réquiem por las orquestas Primitiva y Nueva, quedándose fuera de las naves del templo cuatro veces más gente de la que en ellas cabía.

SEPULTURA.—Desde las once de la mañana del martes, 11 de marzo, hasta la misma hora del viernes siguiente, estuvo expuesto en el cementerio el cadáver de Casimiro, pues permitió la autoridad civil que no se enterrase y se dejase al público satisfacer su curiosidad y dar rienda suelta a su piadoso entusiasmo. El viernes, día 14, los médicos juzgaron que, aun cuando podía todavía sostenerse el cadáver sin enterrar, era conveniente ya su inhumación. Entonces fué colocado el difunto en una caja de cinc, la que, cuidadosamente soldada, fué puesta dentro del ataúd de madera, y éste

cerrado con llave de la que se incautó el señor Valero. La fúnebre caja fué depositada en un nicho, propiedad del mismo señor. Al acto estuvieron presentes las autoridades eclesiástica y civil, la comisión de facultativos, los señores Valero, y Minguet, de Valencia, y otras personas de representación, habiéndose levantado acta testimoniada, que firmaron todos los presentes, por el notario don Francisco Momblanch.

TRASLADO DE LOS RESTOS Y ACTUAL EMPLAZAMIENTO DEL SEPULCRO.—Diez años más tarde, el 5 de octubre de 1894, con la competente autorización, los restos del siervo de Dios fueron trasladados desde el cementerio a la iglesia de San Jorge, asistiendo las autoridades, y colocados en una fosa abierta al efecto en el suelo y en la parte central de la iglesia, sobre la que se puso, a tenor de lo dispuesto en el decreto de traslado, una lápida con esta sencilla inscripción: † *Aquí yacen los restos de Casimiro Barelló Morello, R. I. P.* De dichos actos y de la forma en que se habían llevado a efecto, levantó acta el notario don Enrique Oltra, de la cual se remitió copia al Eminentísimo Cardenal Arzobispo de la Diócesis.

Con motivo de la reedificación de la referida iglesia de San Jorge, desvióse la planta del nuevo templo de la que tuvo el derruido, y así quedó la sepultura de Casimiro hacia la parte de la Epístola y la lápida arriba citada enterrada debajo del nuevo pavimento, mientras una nueva lápida se colocaba en el centro de la nave. La lápida, pues, e inscripción nueva no coincide superpuesta con la sepultura y lápida primitiva, y la distancia que media entre la sepultura del penitente y la lápida actual es la siguiente: del centro de la lápida al centro de la sepultura, un metro y setenta y siete centímetros, con dirección al lado de la Epístola; y desde el centro de la sepultura a la primera grada del presbiterio, dos metros y cinco centímetros.

La actual lápida contiene la siguiente inscripción :

HIC - EXSPECTAT - RESVRRECTIONEM
CASLMIRVS - BARELLO - MORELLO
NATIONE - ITALVS
QVI - MIRA - INNOCENTIA - AC - PCENITENTIA
CONSPICVVS
CONTEMPTV - SVI
ET - EXTREMÆ - VOLVNTARIÆ - PAVPERTATIS - LAVDE
INSIGNIS
ASPERAM - VITÆ - RATIONEM - SVSCEPIT
VILIQVE - IDEO - INDVTVS - TVNICA
NONNVLLAS - PEDE - PERAGRATVS - ITALIÆ - ET - HISPANIÆ - PARTES
ALCODIVM - ADVENIT
VBI
VIGILIAS - INTER - AC - JEJVNIA
IN - ASSIDVA - CÆLESTIVM - RERVVM - CONTEMPLATIONE
DEFIXVS
CVRSVM - SVÆ - PEREGRINATIONIS - CONFECIT
AMOREQVE - VERIVS - QVAM - FEBRI - ÆSTVANS
AD - AMPLEXVM - CHRISTI - MIGRAVIT
SEPTIMO - IDVS - MARTII
M - DCCC - LXXXIV
ÆTATIS - SVÆ - XXVII

PARTE SEGUNDA

Fama de Santidad

CAPITULO V

EN VIDA

A) *EN SU JUVENTUD.*—Casimiro fué un astro de primera magnitud, que dejó una estela de santidad por donde pasó. En su vida de peregrino recorrió gran parte de Italia y casi toda España, y en todos los lugares dió la impresión de que era un hombre de extraordinaria perfección, un elegido que Dios suscitó en medio de esta época de materialismo y ancho gozar, y que con su vida de desprendimiento constante y ejemplar virtud, en la flor de sus años, enseñó al mundo que la santidad es patrimonio de todas las edades y estados del hombre y, por consiguiente, de la edad más difícil de la vida para la santidad, que es la juventud. Ha dicho el Papa actual, Pío XII, recientemente, que en esta época de frialdad e indiferencia, «*más que apologistas, necesitamos de testigos que ofrenden el ejemplo de sus obras.*»

Casimiro es tenido por uno de estos testigos.

Ya en los primeros años de su vida de peregrino, cuando se hospedó en Sampierdarena, en casa de la viuda Transverso, ésta le llamó Luis en vez de Casimiro, porque decía que en su aspecto angelical y su conducta limpia tenía todo un aire de San Luis.

Durante su servicio militar, desde el jefe hasta el último soldado, todos le admiraban cuando le veían orar en el rincón de una cuadra, y nadie osaba blasfemar ni hablar incorrectamente en su presencia.

B) EN SU VIDA DE PEREGRINO.—ITALIA.—En Génova dejó un suave olor de sus virtudes. Al despedirse de los superiores del Seminario y alumnos de Hijos de María, todos sentían su marcha: lloraban, le estrechaban las manos, haciéndole a la vez piadosas recomendaciones. Y cuando ya había partido, frecuentemente recordaban con nostalgia su memoria, con esta general exclamación: «*Quel giovine è veramente un santo.*»

Decía el Obispo de Trivento: «Me lo presentó (a Casimiro) mi Vicario General, y a primera vista hízome la impresión de un verdadero hombre de Dios...; le di mi bendición y un abrazo cariñoso y mi Vicario tuvo con él una larga conferencia, quedando maravillado al oírle hablar de religión y ascética, como si estuviese versadísimo en conocimientos teológicos.»

Y el reverendo Abad de los Mínimos de Frejús (Francia), José Capatí: «Yo le observaba —decía— con atención, cautivándome su mirada penetrante y misteriosa; palabras dulces y afables salían de sus labios. No puedo expresar qué notaba en él, aunque sí algo muy particular y nada común. En su porte demostraba tener un alma tranquila y serena, y al separarse de mí y darme el último adiós, no pude contener las lágrimas, como si algo muy grave ocurriera en mi interior.»

ESPAÑA.—a) MURCIA. El canónigo chantre de Toledo señor de La Madrid, que le vió en Murcia y fué confidente de Casimiro, exclamaba en carta a don José Valero: «Crea que, a pesar de haber conocido almas santas de quienes se trata de elevar a los altares, a pesar de edificarme en lo indecible su trato íntimo, a ninguna de esas almas vi tan desprendida del todo, tan elevada, tan abrasada

en las llamas del divino amor. Haber tratado a Casimiro y no verle ahora rodeado de ángeles entre los resplandores de la divinidad, coronado de gloria y de honor, yo no lo concibo.»

b) VALENCIA. Durante su estancia en Valencia, la fama de su santidad iba extendiéndose por toda la capital, y el número 1 de la calle de Rubiols, que era donde hospedó el señor Minguet a Casimiro, se veía, a todas horas del día y de la noche, bullir de gentes que entraban y salían; era la población en masa, personas de todas condiciones, que admiraban las sublimes virtudes de aquel ser extraordinario. Hasta los más indiferentes e incrédulos quedaban maravillados de cuanto veían y oían.

c) JATIVA. Decía el Rdo. Abad de Játiva, señor Pla: «Yo puedo asegurar, con la sinceridad del hombre honrado y del sacerdote digno, que ni real, ni pintada, he visto actitud más reverente y edificante que la que descubrí en Casimiro al acercarse a comulgar aquella mañana (9 febrero 1884). Tanto es así, que no sé, ni he sabido jamás, lo que pasó por mí en aquel preciso momento. No sé si vergüenza ante aquel interesante joven, de quien tan malos juicios había empezado a formar, o si confusión, lo que se apoderó de mí al observar en él veneración al Dios de los altares tan sincera y profunda cual nunca la había visto en otro. Lo que sí sé y recuerdo perfectamente, es que me hallé conmovido, que mi corazón palpitaba más de lo ordinario y que tuve que llevarme el pañuelo a los ojos, bañados en lágrimas... ¡Sería gracioso —añade— que el pobre Barrelo tuviera la habilidad de hacer ilusos a todos los que le miraban y examinaban detenidamente! Es preciso confesar que todo el mundo decía que en sus palabras y actos se manifestaba como una de aquellas dichosas criaturas de quienes dijo el apóstol: Que a los que conoció Dios en su presencia, también, los predestinó para ser hechos a imagen de su Hijo.»

d) ALCOY. Todo cuanto se pueda decir de su fama de santidad en esta ciudad, es grande y extraordinario. La fama no es planta que brote en veinticuatro horas; necesita madurar pacientemente con el tiempo y con las obras. ¿Son suficientes quince días para que la fama

de santidad prendiese hondamente en el corazón de los alcoyanos? Evidentemente que no. Y no son quince; son seis días tan sólo, porque el resto, desde el 1 de marzo, ya no salió de casa el penitente. Y, sin embargo, seis días bastaron a Casimiro para labrarse un pedestal de gloria y fama que nadie pudo conseguir. Estamos, pues, en presencia de algo extraordinario y humanamente inexplicable. Por otra parte, Alcoy comprendió en seguida a Casimiro: al verle aquella tarde del 23 de febrero subir la calle de Santa Elena, hoy Avenida del Generalísimo, adivinó en seguida que un tesoro de virtudes y bendiciones se le entraba por la puerta; y Dios quiso premiar las pruebas de estima y veneración que este pueblo le prodigó durante su brevísima estancia en la ciudad, con la gracia de que aquí muriese y aquí se hayan conservado los despojos mortales de su siervo.

El día 26 de febrero de 1884, después de aquellas catorce horas de postración ante Jesús Sacramentado, la muchedumbre de fieles que llenaba por completo la iglesia parroquial de Santa María, en la tarde última de Carnaval, presa de fervorosa admiración por el penitente, se abalanzó a verle de cerca y contemplarle con tal fuerza, que hubo que sacarle por una puerta falsa para librarle de aquellos piadosos fervores: no se habló de otra cosa en toda la ciudad.

Ni retirándose al Asilo de las Hermanitas de los Pobres, pudo sus- traerse al afán de verle que tenía la gente. Pero donde se demostraron plenamente los grandes progresos que el buen nombre y las virtudes del penitente habían hecho rápidamente en el corazón de los alcoyanos, fué su Viático. Aquello fué el acto más imponente que ha visto Alcoy. La población en masa tomó parte; la música Novísima se ofreció espontáneamente en el acompañamiento para mayor solemnidad; y era tal la afluencia de personas que acompañaron y siguieron al Señor, que cuatro filas de hombres no bastaban a llenar todo el espacio que media entre la parroquia de Santa María y la casa del señor Valero, donde se hospedaba Casimiro, calle del Mercado, 5, hoy San Lorenzo, sin que la comitiva pudiera moverse, y hubo que poner guardias que impidiesen asaltar la casa para ver al enfermo; tal era la admiración y doloroso entusiasmo.

La noticia de su grave enfermedad corrió, como reguero de pól-

vora, por Valencia, Játiva y otras poblaciones; y desde este punto y hora no cesaron de llover sobre Alcoy, desde los puntos más lejanos, cartas y mensajes pidiendo noticias del virtuoso enfermo. Para satisfacer y calmar las legítimas ansias de todos los devotos de Casimiro, el médico don Antonio Tormo constituyóse en corresponsal del periódico de Valencia «La Lealtad», y cada día iba comunicando detalles del curso de la enfermedad.

CAPITULO VI

EN SU MUERTE

Ocurrida su muerte, se esparció inmediatamente por toda la ciudad y pueblos su conocimiento, desatándose entonces los sentimientos de religioso entusiasmo y veneración por Casimiro. Momentos antes todavía se discutía si era un santo o era un loco; después, ya Alcoy se desbordó como una corriente impetuosa que arrastraba a todos, incluso a los incrédulos e indiferentes, en favor de la heroica santidad de Casimiro. Todos comentaban la muerte del peregrino como un acontecimiento importantísimo, y era un ir y venir de la gente que se iba amontonando frente a la casa del señor Valero; todos querían ver el cadáver del siervo de Dios, todos querían tener el privilegio de entrar, y, a falta de poder conseguir otra cosa, se tenían por muy felices si lograban obtener cualquier brizna de paja del lecho en donde había muerto Casimiro.

Para demostrar la devota conmoción en que el penitente puso al pueblo, basta decir que las posadas y hospederías de toda la ciudad no podían contener el sinnúmero de forasteros que de Játiva, Albaida,

Cocentaina y aun de Valencia, como llamados por un impulso superior, se habían dado cita para asistir al entierro.

Durante los días en que estuvo expuesto su cadáver en el cementerio, es imposible enumerar el sinnúmero de visitas que recibió el inanimado cuerpo del penitente: todos se hacían pasar por el cuerpo del penitente rosarios, cruces, medallas,pañuelos, etc., y otros objetos que traían los devotos visitantes y que luego conservaban con gran veneración. Asimismo, no es fácil describir los pueblos que, algunos de ellos en masa, acudieron atraídos por la fama de las virtudes del difunto y de los portentos que se decía obraba: hubo pueblos, como el de Onil, en el que Casimiro no había estado, pero del que, atraídos sólo por la fama de su nombre y de sus hechos, salieron más de cuarenta carros cargados de personas que deseaban contemplar el cuerpo del fallecido peregrino.

A este respecto escribía una respetable persona: «Hubiérase dicho, ante este maravilloso espectáculo, que el Dios de la Eucaristía, del que fué adorador heroico el ejemplar Casimiro, despojándose de sus propios honores, quería honrar con ellos a su fidelísimo siervo; porque aquello no tenía punto de comparación con el inmenso gentío que presenciaba la solemne procesión del Corpus en Valencia y en Sevilla. El corazón, ebrio de emoción y presa, a la vez, de encontrados sentimientos, no sabía a cuál dar la preferencia: si al pesar por la muerte de Casimiro, o al gozo por esta su anticipada glorificación en la tierra, y los labios, vacilantes, no sabían si ofrecerle un sufragio o elevarle una plegaria. ¿Qué príncipe o potentado de la tierra hubiera atraído a su entierro la prodigiosa muchedumbre que reunió en Alcoy el mendigo Casimiro? ¿Qué espectáculo en pleno siglo XIX, idolatría del dinero, del goce y del egoísmo, el de la ovación de Alcoy al mártir de la pobreza, de la penitencia y de la caridad!»

CAPITULO VII

DESPUES DE SU MUERTE

EL HOMENAJE DE CAVAGNOLO.—Ya enterrado Casimiro, lejos de desvanecerse y disminuir su fama de santidad, no cesó de acrecentarse. Recibiéronse innumerables cartas llenas de elogios, pidiendo retratos y reliquias del siervo de Dios. Cuando se supo en su pueblo natal que había muerto en olor de santidad, exclamaban: «Aquel joven era un santo.» «Teníamos en casa un santo y no queríamos conocerlo.» Los cavagnoleses intentaron entonces el traslado de sus restos; pero Alcoy, que se vanagloriaba de poseerlos providencialmente como un precioso tesoro, no consintió jamás desprenderse de ellos. Ello no fué obstáculo para que se le dedicasen solemnes funerales, organizados por el arcipreste don Francisco Amione y el párroco de Brussasco don Antonio Delmastro, a los cuales asistieron muchos sacerdotes y el vecindario en masa de los pueblos de la comarca. Predicó la oración fúnebre el párroco de Brussásco, y sobre la puerta de la iglesia campeaba la siguiente inscripción:

«¡ CAVAGNOLO ! : EN LA REMOTA CIUDAD DE ALCOY, AHORA SE CUMPLEN CINCUENTA DÍAS, MORÍA TU HUMILDE HIJO CASIMIRO BARELLO MORELLO, A QUIEN QUISO GLORIFICAR DIOS, QUE HACE FELICES A LOS POBRES DE ESPÍRITU. YA QUE POR EL HOY RESUENA GLORIOSO TU NOMBRE EN LOS LABIOS DE LOS CREYENTES, TAMBIEN HOY EN ESTE TEMPLO OFRECE TÚ POR ÉL UNA PLEGARIA Y UN SUPRAGIO.—26 DE ABRIL DE 1884.»

TESTIMONIOS RESPETABLES.—a) DEL CARDENAL MONESCILLO. El Emmo. Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia, al recibir la noticia de la muerte de Casimiro, dijo: «Puedo asegurar que nuestro admirado peregrino ha sido un prodigio de la divina Providencia, que le envió para que obrase un gran bien a nuestro pueblo. El Nuncio Apostólico me afirmó que la presencia de este bendito penitente en todas las ciudades y países por donde ha pasado, ha causado piadosos efectos y producido más abundante fruto a las almas que todas las misiones que se han hecho en España en mucho tiempo, y que, si fuera preciso, está presto a demostrar la certeza de esta verdad.»

b) LA VOZ DEL PUEBLO. Como una prueba más de que el aura popular llevara en sus ecos la gloria de Casimiro, el diario *La Lealtad*, de Valencia, publicaba el 25 de marzo del mismo año 1884 el siguiente comentario, que recoge la voz y el sentir del pueblo respecto a qué pensaba de la santidad de Casimiro Barelo: «Casimiro ha entrado ya en los dominios de la Historia; su edificante figura ha desaparecido de entre nosotros, pero su espíritu sigue subyugando los corazones y su dulce recuerdo se impone a todas las almas con una fuerza avasalladora.»

Casimiro había recibido del cielo, sin duda, alguna misión providencial, que era predicar al pueblo penitencia con el lenguaje mudo, pero elocuente, del ejemplo; y, fiel a su vocación hasta la muerte, le consumió con heroísmo, inmolándose en holocausto como víctima de expiación.

Cuando la figura esbelta y flaca de Casimiro, con su larga barba, los pies descalzos y la cabeza descubierta, vestido del sayal de la

penitencia, atravesaba en silencio la ciudad y, dirigiéndose al templo, rezaba allí todo el día, fijo y sin moverse, como una estatua, parecía un nuevo Jonás o Bautista, dirigiéndose a los ninivitas modernos, en las vísperas de una tremenda catástrofe, para intimarles en nombre de Dios a la conversión y a la penitencia como únicos medios de salvación.

V, ¡ cosa singular ! Esta muda predicación de Casimiro producía rápido fruto. Era imposible verle en el templo en aquella postura y profundo recogimiento, sin sentir una interna sacudida espiritual.

Esta especie de atracción magnética de la cual parecía estar dotada la persona de Casimiro, especialmente después de su muerte, se ejerció aun a larga distancia por medio de la fama. Este es un caso maravilloso y ejemplar en nuestros anales religiosos contemporáneos : esto no sucede sino en los santos, que son los astros del cielo de la Iglesia y que, a la manera de los cuerpos celestes, cuanto mayor volumen de santidad poseen y más cerca están de nosotros, mayor atracción ejercen sobre los corazones.

Esto explica, a nuestro entender, el prodigioso número de forasteros que instintivamente, y como obedeciendo a una llamada del cielo, se dieron cita en torno de su sepulcro.

FECHAS CONMEMORATIVAS Y BOLETIN.—Todos los años, el 9 de marzo, aniversario de la preciosa muerte de Casimiro, en la iglesia de San Jorge, de Alcoy, donde reposan sus restos, se celebra solemne misa de Comunión y un Triduo impetrando su pronta beatificación.

Son notables las honras fúnebres que se celebraron en Alcoy en 1909, con ocasión del XXV aniversario de su muerte. Presidieron los actos el entonces Arcipreste de Cavagnolo, pueblo natal de Casimiro, y el tío materno del penitente, don Domingo Morello, que vino expreso de Italia, y su ahijado Rdo. don Casimiro Valero Vicedo, Pbro. y Beneficiado de la parroquia de Santa María ; la oración fúnebre, elocuentísima y emotiva, corrió a cargo del Rdo. padre Juan María Solá, S. J. Como recuerdo de esta fecha conmemorativa púsose una lápida en la casa de la calle de Polavieja, número 5 (hoy San Loren-

zo), en la que se lee : «**ÉN ESTA CASA MURIÓ EL PENITENTE CASIMIRO BARELLO MORELLO EL DÍA 9 DE MARZO DE 1884. ALCOY LE DEDICA ESTE RECUERDO EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE.**»

Las celebradas el año 1934, t. aniversario de su muerte, no desmerecieron ni en esplendidez ni en entusiasmo y fervor, desfilando por su tumba una continua procesión de amantes del penitente. Predicó la oración fúnebre el canónigo, entonces de Toledo, Dr. don Hernán Cortés.

Se han repartido y continúan repartiéndose multitud de estampas, biograffas y pedacitos de la manta que usaba el siervo de Dios durante su enfermedad, de igual color del hábito. Estas reliquias no se han dado sino a quienes las han pedido.

La iglesia de San Jorge, donde está la tumba de Casimiro, se ve constantemente visitada por gentes de toda clase y condición, de Alcoy y de fuera, que se arrodillan y rezan, implorando su protección.

Viene publicándose cada trimestre un Boletín que divulga las virtudes de Casimiro y publica los favores que los devotos dicen recibir por su intercesión, así como las limosnas que espontáneamente se ofrecen para el proceso de su beatificación, tan frecuentes y numerosas, que ellas, por sí solas, explican un estado de conciencia colectivo y un fluir constante de bendiciones y gracias.

PRIMEROS PASOS EN EL PROCESO INFORMATIVO.—

Con fecha 16 de marzo de 1884, ocho días después de la muerte de Casimiro, comunicaron los señores curas de la ciudad de Alcoy al Excmo. Prelado de la Diócesis los hechos más culminantes sobre la estancia y muerte de Casimiro en esta ciudad, que resumen, en términos tan elocuentes como sencillos, el cuadro de las últimas glorias de Casimiro en la tierra. En 1.º de abril del mismo año se recibió orden del Excmo. Prelado para abrir amplia información sobre la vida, virtudes y milagros del siervo de Dios, siendo nombrados al efecto jueces comisionados los reverendos señores don Matías Tort, cura ecónomo de Santa María, y don Francisco Navarro, cura de San Mauro, de la ciudad de Alcoy, en cuya sumaria información declaran gran número de personas de condiciones y estados

distintos, muchos de ellos de ilustración reconocida y acreditada por honrosos títulos académicos, la que fué elevada a la superior autoridad diocesana en junio del mismo año. Dicha información se guardaba junto con otra, que también se mandó abrir en la ciudad de Játiva, en el archivo de la curia arzobispal de Valencia, Departamento de Beatificaciones y Canonizaciones, letra R. a., legajo 52, número 6. Todo esto desapareció en la revolución roja de 1936.

En 15 de julio de 1936 constituyóse un tribunal diocesano para iniciar en forma el proceso informativo, pero el Movimiento Nacional del 18 del mismo mes impidió se realizasen tan plausibles y añorados deseos.

Ahora, el Rdmo. Prelado, Dr. don Marcelino Olaechea, acaba de nombrar un Consejo Actor de la Causa, presidido por el Arcipreste doctor don Amalio Sentendreu Franco, que está promoviendo la introducción de la misma en la curia diocesana de Valencia.

PARTE TERCERA

Virtudes del Siervo de Dios

CAPITULO VIII

VIRTUDES EN GENERAL

IDEAL DE SANTIDAD.—El siervo de Dios Casimiro Barelo Morello tuvo siempre, como único ideal de su vida, la santidad: contestando a unos alumnos del Seminario de Génova, decía en cierta ocasión: «No creamos que es soberbia el hablar de hacerse santos, porque este es el único objeto con que estamos en la tierra.» Su fervor manifestóse heroico al terminar el servicio militar, en que se dió totalmente al Señor y fué creciendo, como un sol en el horizonte, hasta el ocaso de su existencia.

Y precisamente por este afán, en un todo absorbente, de santificarse, ejercitó todas y cada una de las virtudes en grado heroico, esto es, de un modo más perfecto que la generalidad de los fieles que verdaderamente son buenos, y conservó hasta la muerte esta manera de proceder, a pesar de las terribles dificultades con que tuvo que luchar durante su vida de peregrinación.

SUS CARACTERISTICAS ESPECIALES.—Lo que perfila su vida, dándole una fisonomía espiritual propia, es una seráfica devoción a Jesús Sacramentado y una austerísima penitencia, ejercitada singularmente en la modalidad especial de peregrino y en medio de la florida juventud.

Casimiro se aparta del tipo corriente del peregrino, que pide e importuna, y pretende con ansia llegar pronto al término de su viaje que le libre de la carga del voto; sino que, por el contrario, a nadie molesta, nada pide, y sigue sereno y sin prisas el camino que el cielo le ha trazado como una vocación y un destino sobrenatural.

CAPITULO IX

VIRTUDES TEOLOGALES

A) FE.

a) VIDA DE FE.—Casimiro vivió siempre vida de fe. Los dogmas de Dios creador y providente, del pecado, de la redención por Jesucristo y el triunfo de María, y las consoladoras verdades de la corredención y mediación universal de la Santísima Virgen, juegan constantemente en sus escritos, y eso que se confiesa hombre rudo e ignorante.

En la carta a su padre exclama: «Querido padre: Por piedad de vuestra alma, sabed que yo no creo estas cosas porque me las han enseñado los hombres, sino que las creo por revelación dada por Jesucristo omnipotente y fidelísimo, el cual no puede engañar ni ser engañado.»

A un fervoroso que le insinuaba el deseo de tener una visión, le contestó: «No, querido mío, no desee tal cosa. Cuanto más hubiera creído sin ver, tanto mayor será el mérito de su fe.»

Y a un comisario incrédulo, que en San Biasse (Italia) le interrogó bruscamente por qué motivo se daba a aquella vida de pere-

grinación, y si su actitud obedecía a cualquier visión, contestó Casimiro: «Para llevar la vida que llevo, me basta sólo la fe, sin necesidad de visión.»

b) PRESENCIA DE DIOS.—Casimiro andaba siempre en el constante ejercicio de la presencia divina, personal y amorosa, en la cual sostenía una ininterrumpida comunicación con Dios. Preguntado un día dónde había pasado la jornada, repuso: «Lo he pasado muy distraído, hablando con el Señor.» No es extraño, pues, que le fuera tan familiar la *oración*, que rápidamente ascendía a una sublime contemplación.

c) FE EN LA EUCARISTIA.—Interrogado por el Abad de Játiva si veía algo extraordinario en la sagrada Hostia, al pasar ante ella todo el día arrodillado, respondió: «No; no veo más que lo que ven los demás fieles: la Hostia, y, oculto en la Hostia, a Jesús inmortal y glorioso como está en los cielos; pero es por un acto de la mente auxiliada por la fe; por los ojos no veo nada de extraordinario, ni quiero ver, porque así, oculto el Señor, me acerco a El, le hablo, le estrecho más sobre mi corazón y hasta le como.»

B) ESPERANZA.

a) ASPIRACION A LOS BIENES ETERNOS.—Su habitual tendencia fué aspirar siempre, con una incommovible firmeza, a los bienes del cielo, viviendo totalmente desprendido de los lazos de las afecciones y de las cosas terrenas. En la carta despidiéndose de su prometida decía, entre otras cosas: «No viertas lágrimas por un amor falso que no puede contentar al corazón; mas ofreced vuestro corazón a Dios, que sólo El puede contentar en esta vida y en la otra.»

Y a su padre le escribía: «Sabed, padre, que yo no he sido criado para las cosas de la tierra y sí para las del cielo.»

De su heroico desasimiento da buena muestra al renunciar en favor de su hermano la legítima, porque, habiéndose visto obligado por cortesía a aceptar una pequeña suma de dinero, dijo, sonrien-

do: «Me voy demasiado cargado, pero confío que a la primera vuelta del camino alguien me aligerará.»

b) CARENANCIA DE TODA PRESUNCION.—Preguntado por qué hacía tanta penitencia, respondió: «Yo soy un pobre pecador, que quiero hacer un poco de penitencia por mis pecados, y, si no fuese por la misericordia de Dios y la piedad de María, ya estaría en el infierno.»

c) CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA Y EN LA ORACION.—Su confianza en la Providencia y en el poder extraordinario de la oración era tanta, que se abandonaba cariñosamente en los brazos de la divina paternidad, sin temor a fracasar en sus andanzas de apostólico peregrinar, tan expuesto siempre a carecer de todo. Al preguntarle sus parientes cómo proveía a su subsistencia, decía: «La Providencia, que nutre los pájaros del aire, pensó también en mí, y nunca me abandonó en lo necesario; si alguna vez me vi en apuros, la misma Providencia me sostuvo hasta salir de ellos.»

Decía el chantre de Toledo, señor De La Madrid: «Cuando le vi en la catedral de Murcia, le pregunté: «¿A dónde vais? ¿Tenéis dinero? Y me contesta con humildad y cortesía: "*Voy a hacer la voluntad de Dios; gracias a El, no tengo dinero*".»

A su partida de Játiva, al decirle sus acompañantes: «¿Qué va a comer esta noche?», contestó con su habitual sonrisa: «La Providencia, la Providencia...»

Y la gran fuerza poderosa e irresistible de su confianza ilimitada en Dios residía en la oración. «*¡Orad bien —decía—, y tened por seguro que habéis sido escuchados!*» Así, le vemos orando asiduamente. En sus viajes, su oración favorita era el Santo Rosario; pasaba las noches en oración, y arrodillado y, orando se le encontraba, de buena mañana, en casi todos los pueblos, hasta que se abrieran las puertas del templo.

C) CARIDAD.

1) Caridad para con Dios.

a) VIDA DE AMOR DE DIOS.—Una viva y ardiente caridad para con Dios inflamaba su corazón como el de un serafín, y ese era el móvil de sus peregrinaciones. «Por caridad, hermano, enseñadme a amar a Dios», dijo, a su llegada a Cocentaina, a un hermano del convento de Franciscanos. Y como el hermano se humillase, protestando su ruindad, Casimiro, levantando sus ojos al cielo, exclamó: «¡Oh amor de Dios!» Y lo dijo con tal expresión, y tan inmóvil quedó, que el religioso, temiendo que se arrojase, mudó la plática.

Invitado a comer en Lanciano (Italia) por el canónigo arcediano, éste le dijo: «¡Qué hermosa jornada, al tener por comensal a un hombre de tanta devoción!» A lo que contestó Casimiro: «Las jornadas son todas igualmente bellas, cuando hay amor de Dios.»

b) CELO INSACIABLE.—La manifestación más espléndida del amor de Dios, que ardía en el corazón de Casimiro, era, sin duda, su celo insaciable y ardoroso por la divina gloria. Son elocuentísimas a este respecto las palabras con que contestó al Abad de Játiva, que le dirigía unas preguntas sobre su peregrinación: «Yo deseo que todos los hombres conozcan a Dios, le amen y le sirvan; si yo fuera un sabio, me valdría de mi lengua y de mi sabiduría para conseguir mis deseos; pero como soy un ignorante, un rudo..., no puedo valerme más que de mi cuerpo para que, viendo los hombres cómo adoro a Dios y le sirvo, le conozcan también, le amen y le sirvan.»

c) DEVOCION A LA SAGRADA EUCARISTIA.—Es posible que pocos le hayan aventajado en la devoción tiernísima al Santísimo Sacramento. Son famosas sus largas adoraciones, en las que permanecía casi todo el día postrado ante Jesús Sacramentado. Y preguntado cómo podía estar en la iglesia tantas horas arrodillado, solía responder: «El pensar que mi Señor Jesucristo está allí realmente presente, oculto por mí en el Santísimo Sacramento;

el pensar que allí está por mi amor, que me ve, me siente, me oye, me da consuelo, y no me marcharía jamás de su presencia.»

Y al Obispo de Trivento, que le preguntaba por qué prefería las ciudades a las aldeas, decía: «Porque en las ciudades encuentro las Cuarenta Horas y puedo pasar el día delante de Jesús Sacramentado, donde viviría siempre y donde encuentro mis delicias.»

Hospedóse unos días en Játiva en un pajar, y cuando se le dijo que por una ventanilla podía ver el Sagrario de la Consolación dice el Abad señor Plá: «Le veía transportado completamente a un mundo superior. Sus miradas, sus actitudes, todo su ser lo tenía fijo en aquella ventanilla. Su rostro, naturalmente hermoso, había tomado en aquel instante una hermosura extraordinaria, sus mejillas aparecían enrojecidas por el más vivo carmín, y sus ojos parecía que iban a saltar de sus órbitas. Yo, al verle de aquella manera y oír las palabras y suspiros que brotaban de su corazón, creí ver a un serafín humanado.» *«¡Qué importa —dijo— que esta noche no descanse! Esta noche la quiero yo gozar, que es patrimonio mío; mañana no sé si viviré.»*

Comulgar era su delicia: en su última partida de Cavagnolo, a su paso por el pueblo de Brossolo, pidió la comunión, y contaba el sacristán: «Yo mismo recé el Confiteor, y quedé estupefacto del recogimiento y devoción de aquel joven. Todo lo he visto y puedo asegurarlo: jamás en mi vida he presenciado una comunión como aquella.»

No habían llegado aquellos días de la comunión frecuente, y, hablando en general de ella, decía: «Es una providencia tener un director espiritual que conceda la licencia de la comunión diaria. Las almas no se dan cuenta de semejante gracia. Tiempo vendrá cuando queramos la comunión y no podremos tenerla.» (El mismo, preso desde Campobasso a Cavagnolo, no pudo entrar en ninguna iglesia.)

d) DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN.—Su amor a la Eucaristía corría parejas con su filial devoción a la Santísima Virgen, que poseyó desde muy niño, y en su vida de penitencia

la aumentó y perfeccionó. Al preguntarle el Abad de Játiva si quería mucho a la Santísima Virgen, exclamó: «Tanto, como que es mi Madre y me da su Hijo. Cuando me acerco a la Madre, voy así al descubierto, sin temor, con grandísima confianza; mas cuando me acerco al Hijo, antes busco a la Madre, me pongo bajo su manto y, así, me atrevo a presentarme al Señor.»

En la carta despidiéndose de su padre dice haber recobrado la salud en la enfermedad que tuvo a los quince años, «no por los médicos y medicinas, sino por la gracia suprema de Dios, hecha en favor mío por la intercesión de la Santísima Virgen». A la misma atribuye su conversión, cuando se le aparece durante el servicio de las armas, recriminándole su tibieza y vida disipada.

¡ Con qué devoción la visitaba en sus santuarios ! : « Soy un pobre peregrino —decía al Arcediano de Lanciano—, que voy visitando a Jesús Sacramentado y los santuarios de la Virgen.»

Y, al cortar sus relaciones amorosas, consolaba a su prometida con estas palabras: « Si no pudieres encontrar otro hombre a quien fiar vuestro corazón, no os apene; poneos en los brazos de nuestra Señora, nuestra querida Madre, que Ella os podrá encontrar un esposo, el cual os amará tanto y os será tan querido, que os sentiréis feliz de entregarle el corazón para poder uniros a El y amarle hasta el fin de la vida.»

e) **ESPIRITU DE REPARACION.**—Desagraviar al Señor en las ofensas que recibe era su preocupación continua. En junio de 1883 hallábase oyendo misa en la catedral de Lanciano, arrodillado sin ningún apoyo, como solía hacerlo siempre, cuando, a la elevación de la sagrada Hostia, dos jóvenes distraídos que estaban cerca de él, no doblaron la rodilla. Apenas se marcharon, levantóse Casimiro y corrió a besar el lugar donde habían puesto los pies, para reparar la ofensa hecha al Señor. El Vicario General, al observar esto, mandó que se registrase el nombre de aquel devoto.

Los malos ejemplos de su juventud los tenía clavados en el alma, y, con ansias de reparación, recorrió los pueblos comarcanos en

aquellos últimos y breves días que estuvo en Cavagnolo. Era la fiesta de Monteu del Po, el domingo del Santísimo Rosario, y allí se encaminó Casimiro de buena mañana. Todo el día estuvo en la iglesia, y a la caída de la tarde, cuando mayor era la concurrencia de la gente, que se divertía bailando en la plaza pública, pasó por el centro con aquella extraña manera de vestir, llevando el rosario en las manos y el crucifijo al pecho, y a la vista de todos se arrodilló delante de una capillita que se encuentra en un extremo de la plaza. Bien podemos figurarnos el revuelo que produjo aquella aparición. Llamóle el arcipreste, y al preguntarle: «¿Por qué ha hecho esto?», respondió: «En mi juventud he dado muchos escándalos, yendo con mis amigos a bailar y profanar los días festivos. Ahora he intentado como he podido reparar aquellos malos ejemplos, y compensar de alguna manera al buen Dios de aquellas ofensas que entonces le hice.»

Y al fin de su vida, cuando, en Alcoy, el médico don Antonio Tormo le aconsejaba reposo para evitar un colapso a su corazón, le respondió: «Mi trastorno es producido por el sufrimiento que de mí se apodera en este día de Carnaval, al contemplar las ofensas que se hacen al nombre del Señor.»

2) Caridad para con el prójimo.

a) AMOR A LOS PECADORES.—Un hombre que tanto aborrecía el pecado, sentía, sin embargo, que su corazón se le derretía en amor a los pecadores. «¿Desgraciados?, sólo los pecadores —decía—; por eso, es preciso dolerse y rogar por ellos, y, si tenemos lágrimas, derramémoslas por nuestros hermanos los pecadores.»

Maravillándose algunos de que estuviese tanto tiempo en la oración, observó: «Yo ruego siempre poco, pero deseo rogar más, por otros que no oran y viven apartados de Dios, para que la gracia les ilumine y se conviertan. Yo pido al Señor que todos los pecados del mundo caigan sobre mí, y que se salven todos los hombres.» Y en los últimos momentos, preguntado si tenía miedo a morir, exclamó:

«Miedo, no; si mi muerte hubiera de influir en la conversión de los pecadores, al momento quisiera dejar de existir.»

b) CARIDAD CON LOS POBRES.—Era proverbial su caridad para con los menesterosos. Nada pedía, pero lo que le obligaban a tomar, por obediencia, lo repartía entre los primeros necesitados. En Encinas Reales (Córdoba), mientras se confesaba, le introdujo el confesor en el zurrón dos monedas de cinco pesetas, que admitió sin protesta; y, al llegar a su alojamiento, preguntó qué necesidad apremiante había en el pueblo. Acababa de nacer una niña y no había paños para envolver a la criatura, y las diez pesetas se aplicaron a ella.

También, al partir de Alginet, vióse obligado, cediendo a las reiteradas instancias del señor cura y de aquellos honrados vecinos, a aceptar un saquito con algunos comestibles, y, encontrando a un pobre anciano casi desnudo y hambriento, con evangélica y heroica caridad dióle el saquito con la comida, y aun no contento con ello, abrigóle con la esclavina de su hábito, quedando sólo con la túnica.

c) SOLICITUD PARA CON LOS ENFERMOS.—Almería, Barcelona y otras muchas ciudades son vivos testimonios de que era para Casimiro una gratísima ocupación cuidar a los enfermos en los hospitales, dirigiéndoles palabras de consuelo y de fortaleza cristiana. A una ciegucecita que se le acercó angustiada, porque no veía, le dijo: «No se afija usted por no ver, pues lo que más vemos por los ojos corporales es el mundo, y éste nos engaña y nos hace perder el cielo; usted, como no ve el mundo, no será engañada por éste y no perderá el cielo.»

A unas religiosas, que se encomendaban a sus oraciones para ser aliviadas en sus dolencias, que les impedían cumplir los actos de comunidad, les dijo: «Es propio de las esposas participar de los deseos y gustos de los esposos; y como Jesucristo, esposo de ustedes, iba siempre buscando trabajos y fatigas, no deben ustedes pedirle que se los quite, sino que les dé más, para mejor imitarle.»

d) AFECTO A LOS PRESOS.—A los presos hablaba con tal unción, que les hacía derramar lágrimas de contrición, como se

cuenta consiguió, en la cárcel de Játiva, de unos malhechores condenados a muerte. «Hermanos míos —decíales—, no guardéis ningún resentimiento contra vuestros jueces ni contra vuestros acusadores; éstos pueden ser instrumento de la divina justicia para castigar no los crímenes de que os acusan, sino otros pecados que sólo Dios conoce; y vale más expiarlos aquí, que en la eternidad. Hermanitos míos: Dios, cuanto más ama a una criatura, más padecimientos le envía. A nadie ha amado más el Padre Eterno que a su Hijo Unigénito, y por esto subió al patíbulo, y patíbulo de cruz. ¡Qué envidia os tengo, hermanitos míos! Yo quisiera estar entre vosotros, para tener otra prueba de su amor.» Al pronunciar estas palabras, los desgraciados reos no podían contener las lágrimas, sus ojos convirtiéronse en dos copiosas fuentes. Ellos confiaban irse del patíbulo al cielo, como atestiguaban los sacerdotes que les asistieron.

Y para que no fuesen tan sólo buenas palabras, sus visitas a los presos iban siempre acompañadas de un socorro, que él mismo mendigaba de puerta en puerta. Grato recuerdo dejó en Játiva, que recolectó, con permiso del Abad Plá, rector entonces de San Pedro, para los pobres presos, que consistió en doce grandes canastos de pan, dos arrobas de embutido y tocino, vino, tabaco, bizcochos, fruta y ropa en abundancia. Todo ello fué llevado en un carrito de mano, y Casimiro quiso hacer de bestia para arrastrar el carrito.

CAPITULO X

VIRTUDES CARDINALES

A) *PRUDENCIA.*

a) *DELIBERABA CON MADUREZ.*—El siervo de Dios tenía gran cuidado en ordenar todas las cosas al fin último. En todas sus peregrinaciones apostólicas acudía presto a la oración, y obraba en todo por consejo de su director espiritual, monseñor Semino, Rector del Seminario de Génova, con quien se comunicaba frecuentemente por carta; la última la recibió estando en Valencia.

b) *DECIDIA CON ENERGIA.*—Cuando de su vocación se trataba, nunca anduvo en vacilaciones, una vez conocido su camino. Se amontonaban las dificultades para estorbar su vida de peregrinación, la policía le prendía en casi todos los lugares, y últimamente la cárcel era su alojamiento casi normal. A pesar de ello, tenía en sus resoluciones una energía indomable, contra la cual se estrellaban los halagos de los parientes y la imposición de la misma fuerza pública.

Es verdaderamente dramático el diálogo con el síndico de su pueblo, que le negaba el pasaporte. Casimiro, al partir de Cavagnolo por última vez (1883), se presenta en el Ayuntamiento para pedir sus documentos, y el síndico le dice:

—Yo tengo orden del alcalde de no darte el pasaporte que me pides; tú debes volverte a tu casa.

—Mi deber me llama a otra parte; con el pasaporte, o sin él, mañana me marchó y la fuerza pública que haga de mí lo que quiera.

—Mira, amigo, que, obrando así, traes deshonor a ti, a tu hermano y a tus parientes, a los cuales causa pena verte con ese hábito y siempre en manos de la fuerza pública; si haces lo que te digo, quedarás tranquilo y feliz, y darás gusto a tu familia.

—¡Jamás, jamás abandonaré estos andrajos!; ni cambiaré de vida, aunque me ofrezcan todos los honores y riquezas del mundo. Dejaré esta manera de vivir, cuando la muerte me lleve al sepulcro. Sepa, señor, que la mayor fortuna que yo pueda desear en este mundo es hacer la vida que hago, e ¡infeliz de mí si la abandono!

Ante esta decisión inquebrantable, diéronle el pasaporte. Y, saludando con un apretón de manos a los allí presentes, partió.

c) EJECUTABA BIEN.—En su manera de proceder, aun sabiendo que su peregrinación era cosa de Dios y que no habían de fallarle los resortes de la Providencia, tomaba siempre las precauciones necesarias, y así se prevenía de sus pasaportes y documentos, pasaba a su debido tiempo la revista militar, buscaba el aval de las personas que le conocían para que la cárcel no estorbase su peregrinación, etc.

d) SU PRUDENTE TRATO CON EL PROJIMO.—A pesar de sus andrajos, descubría finos modales y una exquisita delicadeza de alma que le hacía todo para todos. En el Seminario de Génova dejó prendados a los alumnos en la recreación; disculpaba siempre a los mozalbetes que le insultaban y ¡qué tacto más fino en la manera de romper las relaciones con su prometida!

En el cuartel trataba a todos los soldados con gran camaradería, y decía un compañero suyo de servicio, Bartolomé José de Miguel,

que cuando alguno blasfemaba o decía palabras sucias, Casimiro mostraba su disgusto marchándose. Había experimentado que, si les reprendía en público, hacían peor. Por eso prefería en un aparte hacerles caer en la cuenta, con cariñosas palabras, de lo mal que procedían. ¡Bella manera y evangélica de corregir prudentemente!

B) JUSTICIA.

1) Deberes para con Dios.

a) RELIGION.—Estando la voluntad del siervo de Dios siempre pronta y dispuesta para dar a cada uno lo suyo, cumplía de su parte, estrictamente y con heroísmo, sus deberes para con Dios. El hizo entrega total y absoluta de sí mismo a Dios, consagró su cuerpo, sus fuerzas y su inteligencia, e hizo voto de vestir aquel mísero sayal, llevar los pies descalzos y la cabeza descubierta, y peregrinar siempre, sin más pensamiento ni aspiración que dar honra y ejemplo al mundo de cómo se respeta y honra a Dios.

No es de maravillar que, al término de cada jornada, corriese a la iglesia a rendir adoración a Dios. Cuando entró en Alcoy, aquel 23 de febrero de 1884, y el comerciante don José Valero quiso detenerle y hacerle entrar en su casa, se excusó diciendo: «Muchas gracias, hermano; no puedo ir ahora a su casa; primero es la iglesia.»

Asistir al Santo Sacrificio de la Misa era su ocupación favorita por las mañanas, y desde muy temprano oía arrodillado todas las misas que se celebraban hasta última hora. ¡Con qué celo hablaba por ver realizados sus deseos de que en Alcoy se cumpliera con el precepto de la Santa Madre Iglesia, de no trabajar en los días festivos!

Y de esta entrega a Dios daba una razón ascética muy profunda. Quería convencer a su padre de que no debía negarle su consentimiento, y le escribía: «Es muy justo y razonable que, si Dios os ha dado a su hijo Jesús por vuestro amor, vos por amor le déis también a vuestro hijo Casimiro. Si Dios, por salvarnos, nos dió todo aquello que le era más caro, nosotros debemos darle todo lo que nos es más querido para salvarnos.»

b) CUMPLIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.—Co-

nociendo Casimiro que era criatura de Dios y redimido con su sangre, se sentía todo suyo, plenamente rendido a su voluntad: esta era su única norma de obrar. «Yo os ofrezco el corazón, escribía a su padre, con todos los íntimos afectos de amor, de reconocimiento y de sumisión a vuestra voluntad, cuando esté conforme con la voluntad de Dios.» Y en este aspecto tenía frases de un profundo místico: «Si Dios quisiera tenerme, decía, eternamente dentro de un horno, yo estaría muy a gusto para cumplir la voluntad de Dios.»

2) Deberes para con el prójimo.

a) DEBERES DE ESTRICTA JUSTICIA.—El siervo de Dios dió, heroicamente, lo que debía a su prójimo. ¡Qué sutileza de conciencia! Interrogado en Játiva por qué no trabajaba, y así daría más gloria a Dios y no quitaría el pan a los pobres, ganándose con el sudor de su frente, contestó: «Sí, es verdad, y así lo siento yo; por eso me dedico, desde que llevo esta vida de peregrinación, a trabajar tres meses cada año, repartiendo lo que gano entre los pobres, con lo que no pierdo el hábito de trabajar y me aseguro de que el pan que como no lo quito a nadie.»

Al entrar en el comedor de las Hermanitas de Alcoy, donde estuvo hospedado breve tiempo, cuando ya enfermo no podía trabajar, rompió a llorar amargamente. «¿Por qué llora, hermano? —le preguntan— ¿Qué pena le aflige?» «Sí, grande es mi pena, por eso lloro; ni puedo, ni debo comer lo que pertenece a mis hermanos, y lo que yo coma les faltará a ellos.»

b) DEBERES DE OBEDIENCIA.—A LOS PRELADOS Y SACERDOTES.—Con gran fidelidad seguía Casimiro los avisos de su director espiritual.

A pesar de su voto de vestir aquel hábito, sólo estuvo tranquilo cuando el Obispo de Trivento se lo aprobó. ¡Qué veneración al Prelado mostró en estas circunstancias!: «Cuando vió —decía el Obispo de Trivento (1883)— que había de sentarse a mi mesa a comer,

echóse a tierra llorando copiosamente, porque se creía indigno de comer con el Obispo.»

A los mandatos de los sacerdotes obedecía ciegamente, valiéndose muchos de esta obediencia de Casimiro para hospedarle en sus casas, como aconteció al rector del Seminario de Hijos de María, de Génova, y al señor Minguet, en Valencia. Con gran reverencia, y arrodillado, pedía a los sacerdotes le dieran la Sagrada Comunión. Y, al despedirse en los pueblos del párroco, le pedía siempre de rodillas la bendición. Sólo por obediencia a su confesor aceptó la cama que se le preparó en su última enfermedad.

A SUS PADRES.—Con gran devoción asistió a su madre en su última enfermedad, y en tiernísimas frases pide a su padre perdón por haberse marchado de casa sin su permiso, y, abriéndole el corazón, implora su licencia para tomar aquella vida de peregrino.

A LAS AUTORIDADES.—Detuviéronle los guardias, temiendo desórdenes, en cierta ocasión en que iba por las calles de Génova, seguido de una chiquillería que le trataba de loco y de vagabundo, y él, con mucha serenidad, hizo observar a los agentes de la autoridad: «Señores, podrían ustedes tomar informes de mí en las casas en que por caridad me hospedo.» A lo que respondieron los guardias: «Ésto no es cosa nuestra; tenemos orden de que usted no se resista.» «¡Oh!, es, pues, mi deber —respondió el peregrino inclinando la cabeza en señal de obediencia—; mi primer cuidado es respetar la autoridad; aquí estoy a la disposición de ustedes.»

Además, hubiera podido muy bien sustraerse al servicio militar, por hallarse en aquella época fuera de su patria, en su primera peregrinación por España; sin embargo, al cumplir la edad reglamentaria se presentó sin demora en el alistamiento. Y en el ejército fué modelo de obediencia a sus jefes; cuando era, en Pescara, asistente del coronel, le acusaron unos compañeros ante su jefe de que pasaba el tiempo en la iglesia, rezando. El coronel les despidió con severidad, diciendo: «¡Ojalá todos los soldados fueseis como Barello! Es un muchacho exacto y fidelísimo en el cumplimiento de su deber.»

C) FORTALEZA.

a) ACOMETIO COSAS DIFICILES.—Si los principales actos de la virtud de la fortaleza consisten en acometer y soportar pruebas difíciles, Casimiro practicó en alto grado esta virtud. El se sentía llamado a cosas de sobrenatural heroísmo, y por eso le decía a su padre en su carta de despedida: «No lloréis la pérdida de vuestro hijo, sino consolaos y dad gracias a Dios, que se ha dignado elegir, entre tantos otros, a vuestro hijo, para cumplir sus santos designios.»

¡Qué bien le cuadra el título de varón fuerte! Sabía de cierto que su signo era peregrinar, pero no era tarea fácil la que iba a acometer: tenía que sentir dolorosamente separarse de su familia, experimentaba una repugnancia increíble en emprender aquella vida andariega y le llenaban de terror los desprecios y las fatigas de aquel continuo caminar de gente en gente, de ciudad en ciudad, sin pan, sin regalo y sin albergue seguro donde guarecerse. De escuchar la voz de su naturaleza, a buen seguro que hubiera escogido cualquier género de vida antes que una senda sembrada de tantas espinas como pasos iba a dar; pero, con la maravillosa fortaleza de que Dios le dotó, seguía sin vacilar la estrella de su vocación, sin más compañía y defensa que su confianza en El.

El mismo Casimiro confiesa sinceramente su debilidad. Preguntado si sentía placer en cosas que tanto repugnan a la naturaleza, respondió: «¡Oh, no! Al contrario, yo encuentro, naturalmente, repugnancia a los desprecios, a las humillaciones y privaciones; yo siento que la naturaleza se rebela, y cuando no era consolado del Señor, alguna vez me dejaba llevar de la ilusión de gozar y figurar en el mundo; pero ahora, aunque sigo experimentado mi nativa aversión a sufrir y a ser despreciado, noto dentro de mí un empuje sobrenatural, que me hace vencer la repugnancia y me inclina a buscar y abrazarlo todo por amor de Jesucristo.»

b) SOPORTO CON ENTEREZA LAS PRUEBAS.—Si tuvo ánimo valiente y esforzado para arrostrar los obstáculos que a la voluntad oponía una vida tan extraordinariamente penitente, ma-

yor fué su firmeza y constancia en soportar pacientemente las enormes dificultades con que Dios probó a su siervo, teniendo en cuenta aquello de Santo Tomás: *Sustinere facilius est quam aggredi*. Toda la vida de Casimiro fué un ejercicio continuo y perseverante de la paciencia en el sufrir en sus tres grados:

LAS ACEPTABA VOLUNTARIAMENTE.—Tenido como un vago y malhechor, ¡cuántas veces era conducido por los guardias y arrestado en las cárceles, y él, fortalecido, reconociendo ser esa la voluntad de Dios, exclamaba: «Donde me albergo con más gusto es en los hospitales y en las cárceles, porque sé que allí estoy, no por querer propio, sino por voluntad de Dios.»

SE ABRAZABA CON LOS SUFRIMIENTOS.—«Entró en la cárcel—refería el director de Santa Eufemia, en Módena, don José León—un joven vestido de peregrino, llamado Casimiro Barello; él se encuentra feliz de ser recluso; no se lamenta de nada y ora constantemente, no pidiendo que le pongan en libertad, aun cuando lleva sus pasaportes en regla. Interrogados los guardias que le habían tratado cómo pensaban de él, respondieron: "Aquel joven hacía tal impresión, que parecía un ángel, no un detenido, y demostraba una alegría verdaderamente angelical".»

También en la cárcel de Montefalcone de Sanio, el Arcipreste, que deliberó, quedó asombrado al verle de rodillas, con el semblante bañado en lágrimas de la más viva alegría, dando gracias a Dios, que con tanta frecuencia se dignaba templar su fortaleza en los calabozos; y no consintió salir hasta haber terminado su oración, deshaciéndose en gratitud a los que le habían encarcelado, como si le hubieran hecho el más señalado favor.

DESEABA PADECER Y SER DESPRECIADO POR CRISTO.—Es notable y altamente ejemplar, en este punto, un incidente que ocurrió a la entrada misma de su pueblo natal, la última vez que llegó a él. Venía Casimiro desde Campobasso (Nápoles), esposado y conducido por dos guardias; y éstos, conociendo la clase de preso que llevaban, pensaron dejarle en libertad, para evitarle el sonrojo de que le vieran sus propios paisanos. Pero él les rogó que no le

desataran, manifestando su deseo de que le contemplasen así sus compatriotas, añadiendo que, ya que Nuestro Señor, modelo de inocencia, había sido atado repetidas veces, él quería soportar aquella mortificación. Y uno de los guardias, maravillado de tal fortaleza de espíritu, exclamó: «¡ Si todos los malhechores fueran como éste, estarían de más todos los guardias y policías y el mundo podría vivir tranquilo !»

D) *TEMPLANZA.*

1) *En un sentido más amplio.*

EQUILIBRIO Y ARMONIA DE FACULTADES.—Un bello equilibrio y armonía presidía todas las facultades y actos del penitente Barello, moderando sus inclinaciones y aun cercenando toda clase de placeres, que no sólo le hacían apartar de sí cualquier entretenimiento menos conveniente, sino que, más aún, se atrincheraba y defendía muy lejos de los límites de cosas que lícita y ordenadamente pudiera hacer, y otras que la prudencia humana hubiera aconsejado abrazar, para el legítimo descanso y defensa natural de la vida. Cifraba todos sus deseos en morir a sí mismo, para constituirse de esta manera en un fiel imitador de Jesucristo. «Señor —exclamaba en Albaida—, yo no como por comer, sino para dar sustento a este cuerpo, porque no me satisface nada de este mundo; sólo me satisface el amar a Dios.»

Y en el camino de esta hermosa virtud de la templanza encontró la *mortificación, la castidad y la pobreza*, que fueron los artifices que modelaron esa figura del penitente Casimiro, llena de augusta *serenidad*, que a todos dominaba, y que pusieron en su rostro un aire de atrayente *humildad* y de dulce *mansedumbre*.

2) *En sus virtudes que la preparan y complementan.*

a) *MORTIFICACION.*—DE LOS SENTIDOS.—Un compañero que conquistó en Salcito (Italia), llamado Francisco d'Alisera, decía de él (cuenta el Obispo don Luis Agacio) que jamás satisfizo su curiosidad, preguntando el nombre de los pueblos por

donde pasaba, ni levantaba los ojos para mirar a los edificios por grandiosos que fuesen.

DEL CORAZON.—Maravillosa fué, igualmente, la mortificación de todos los afectos de su corazón: en su trato con las personas de mayor intimidad siempre se adivinaba, en sus amistades, que no eran blanduras de carácter ni aficiones sensibles o humanas las que le guiaban, sino amor purísimo de Dios y rectísima intención de conducir a El las almas. Refiriéndose a la lucha que en este terreno había tenido en otro tiempo, recordaba con mucha gracia lo que a sí mismo se dijo: «¡Oh, corazón mío!: tú no quieres amar a Dios. ¡Muy bien!, pues no amarás cosa alguna del mundo, porque yo te obligaré a vivir en un desierto.»

En el Seminario de Hijos de María de Génova, a unos colegiales que, atraídos por su simpatía, le rogaban se quedase un rato más de recreo con ellos, les dijo: «Hermanos míos: En esta tierra no podemos estar unidos; hagámonos santos y así nos uniremos en el cielo.» Y, pidiéndole rogara por ellos, les contestaba: «Sí, yo rogaré; pero tened presente que el corazón debéis entregarlo todo al Señor.»

HEROICA PENITENCIA.—Extraordinario fué su espíritu de penitencia. ¡Cómo se mortificaba en el descanso del cuerpo, después de pasar todo el día delante de Jesús Sacramentado! Dormía sobre el pajar en el campo, y no solía variar esta norma sino por obediencia.

En Trivento, en junio de 1883, el Obispo envió en su busca a unos criados, con el propósito de hospedarle en el palacio episcopal; no lo pudieron conseguir, porque habíase salido ya de la ciudad para dormir a la intemperie y sobre el duro suelo, como tenía por costumbre; aseguró una mujer, que en esta ocasión le había visto recostado sobre un haz de espinos.

Y la primera noche que durmió en Alcoy, el comerciante señor Valero, en cuya casa consiguió se hospedara, después de muchos ruegos, tuvo que pedir a la posada una poca paja, sobre la cual tendióse con gran alegría el maltratado cuerpo del mortificado penitente. Completamos este cuadro de penitencia, añadiendo que su única

refección era por la noche, la que hacía más desabrida echándole agua, si no podía rehusar la invitación de alguna casa.

b) **CASTIDAD PERFECTA.**—Como consecuencia de su abnegación y mortificación continuas, puede asegurarse que el siervo de Dios poseyó en grado perfecto la virtud de la castidad. ¡Qué activa diligencia por conservar la virtud de la pureza! Como sabemos, retiróse a un desierto para macerar su carne y dominar fuertemente sus pasiones. Por lo general, en las hosterías donde se hospedaba, nunca consentía estar a solas con la patrona, si faltaba la presencia de alguno de sus huéspedes.

c) **EXTREMA POBREZA.**—El siervo de Dios amó, como a su propia madre, la santa pobreza, pues tuvo siempre con ella obsequios de hijo, abrazándola por amor de Cristo. Al entrar en la cárcel del Saladero, de Madrid, su traje era una manta cosida por los lados en forma de saco, con tres agujeros por donde sacaba la cabeza y los brazos, ciñéndose con una soga llena de nudos a la cintura. Y si aceptó del señor Minguet, en Valencia, un hábito nuevo, debió verse demasiado mundano, y púsole el buen Casimiro unos grandes pedazos y remiendos para que pareciese más viejo.

No admitía dinero, y el poco que se veía obligado a aceptar, aunque fuese lo indispensable para una jornada, lo repartía entre los pobres: así lo hizo con los cinco francos que le dió el Obispo de Trivento, y, cuando partió definitivamente de Cavagnolo, al entregarle el Síndico el pasaporte, con las treinta liras que le había remitido el comisario de Campobasso al ser apresado, Casimiro tomó el pasaporte y rompió en dos pedazos el billete de treinta liras, diciendo: «No son estos bienes los que busco, sino otros más preciosos.» Por eso solía decir, con mucha donosura, que a él no le habían hecho administrador de los bienes de los demás, y acababa por no aceptar nada.

Y era tal su espíritu de pobreza, que se privaba hasta de lo necesario. Cuando salió de Cavagnolo en febrero de 1883, la estación era todavía muy fría y la nieve cubría los caminos; por eso, su hermano insistió en que tomase un par de alpargatas nuevas. Muy poco tiempo

las retuvo consigo: al primer recodo del camino encontró un pobre y se las cambió por las suyas, todas rotas y destrozadas.

d) HUMILIDAD.—El siervo de Dios fué tan humilde, que rápidamente ascendió los tres grados de humildad interior propios de almas perfectas.

COMPLACIASE EN EL CONOCIMIENTO DE LA PROPIA VILEZA y de los pecados propios, considerándose delante de Dios como el hombre más ruin y miserable: «Cuando me encontraba en pecado —decía—, bajaba a la caballeriza de mi casa, donde teníamos un pollino, y este animal parecía que, al verme, se alegraba, como si creyese ser más que yo; a mí así me parecía; de tal modo, que me aproximaba al cuadrúpedo, y, haciéndole algunas caricias, le decía: "¡ Ah, pollino mío, cómo te sobra razón para alegrarte! Al fin, casi me veo obligado a decirte que eres más que yo, pues tú, siendo bestia, cumples la voluntad de Dios; yo, en cambio, siendo persona, me he rebelado contra ella. Tú eres bestia, porque Dios te ha hecho; y yo me he convertido en bestia, porque voluntariamente he pecado".»

DESEABA SER TENIDO POR VIL Y ABYECTO ENTRE LOS HOMBRES.—Si le alababan, contestaba que sólo era un pobre penitente que rogaba por sí y por los pecadores. Muchos querían tocar su pobre hábito, lo cual le entristecía en extremo, y, para evitarlo, se esforzaba por alejar de sí a las gentes; y cuando no lo podía conseguir, decía, apesadumbrado y alargando el crucifijo: «Besad a Jesús y a mí no me toquéis, que no soy más que un pobrecito pecador.

DESEABA SER TRATADO CON DESPRECIO.—¡ Qué magnífico ejemplo de este deseo humilde dió en Játiva, cuando quiso hacer de bestia, arrastrando por sí mismo el carrito en que llevaba la limosna para los presos!

e) MANSEDUMBRE.—El gran complemento de la virtud de la templanza tenía lo Casimiro en una gran mansedumbre, que se proyectaba en tres direcciones:

DOMINIO DE SI MISMO E INALTERABLE SERENIDAD.—

Todos los que trataron familiarmente a Casimiro están de acuerdo en que gozaba de una gran paz espiritual y sosiego, que no eran capaces de turbar las más fieras contradicciones y los más inopinados sucesos. Calumniado, maltratado, puesto en la cárcel, privado de todo apoyo humano, mantenía, sin embargo, una serenidad envidiable. Puesto su pensamiento en Dios, parecía como si las cosas del mundo no le afectaran: de tal suerte se sustrafa a lo que generalmente inquieta a todo mortal.

*SUFRIMIENTO PACIENTE DE LAS MOLESTIAS DEL PROJIMO.—*Involuntarias o voluntarias éstas, todas las sufría con gran paciencia.

Fué en Génova, un día de invierno y de mucho frío, cuando llegó al Seminario de Hijos de María, con los pies completamente helados. Sin darse cuenta, uno de los alumnos dióle un pisotón en un pie: «Perdonad —dijo el muchacho a Casimiro— si os he hecho daño.» A lo que respondió el peregrino: «¡ Oh, está tranquilo, tranquilísimo, no siento nada; es como si hubieses pisado una piedra! »

Y cuando, ya licenciado del servicio, volvía de Pescara en el tren con los soldados, mientras ellos cantaban y refan y decían charrerías, él se recogió en un ángulo del vagón para hacer su lectura espiritual. Acertaron a verle sus compañeros y le insultaban, diciendo: «Mirad a Casimiro, que quiere hacerse fraile y pide limosna; dadle un pedazo de pan.» Mientras, él sonreía pacíficamente.

BENEVOLENCIA PARA CON TODOS, aun para con los enemigos que le maltrataban. En Génova, donde siempre le ocurrieron cosas muy notables, una vez unos desalmados, después de acometerle con palos y piedras, le dejaron tendido en el suelo, lleno de barro, y le arrojaban inmundicias. Casimiro no dió señal alguna de impaciencia; antes al contrario, ante los que se acercaron para levantarle excusó a sus ofensores, diciendo que lo hacían por divertirse y que, por lo demás, eran muy buenos.

Completaban su sobrenatural mansedumbre unos rasgos de fino y delicado humorismo, que demostraban la sana alegría de su alma. Señalaremos dos que valen por todos.

Sabido es que Casimiro, en aquellos primeros, llamémosles ensayos de peregrinación, estuvo una temporada en Sampierdarena, uno de los arrabales de Génova, y se alojó en la mísera hostería de una pobre viuda llamada Transverso.

Uno de los días, en que la función de la iglesia se había prolongado más de lo corriente, Casimiro se retiró, ya anochecido, a su alojamiento. Apenas se había cerrado tras sí la puerta, cuando la patrona oyó que llamaban con fuertes aldabonazos. Eran los guardias, que habfan visto pasar aquel mendigo descalzo y tan mal trajeado, y, sospechando si sería algún maleante, preguntaban quién era el que acababa de entrar: «¡ Oh —dijo la Transverso—, éste es un simpático joven que está hospedado en mi casa y ha tiempo que le conozco.» «Está bien —respondieron los guardias, mirando a Casimiro, después de examinar su documentación y ver que estaba en regla—; y usted, ¿de qué vive?» «Señor, vivo de renta», respondió Casimiro. Los guardias rieron la salida del buen peregrino, y marcharon diciéndose para su capote: «Verdaderamente, loco debe ser quien, viviendo de renta, lleva una vida tan mísera y viene a alojarse en este cuchitril.»

Otra muestra de su alegría espiritual y buen humor. Entraba en Cavagnolo la última vez, esposado como un criminal, entre dos guardias, y, al verle de aquella manera tan humillante, se dolieron algunos de sus parientes y quedaron muy tristes. Pero él, contento y alegre, después de saludarles muy cordialmente, les dijo: «¿ Por qué os entristecéis por mí? Yo soy el hombre más feliz del mundo. Hay muchos, que están lejos del anhelado hogar y les cuesta mucho volver, y tienen que viajar solos. Mirad: yo, por el contrario, he viajado gratis, manutención pagada, y siempre en compañía de estos simpáticos amigos.»

PARTE CUARTA

Gracias especiales

CAPITULO XI

DONES SOBRENATURALES

A) *DONES DEL ESPIRITU SANTO*.—CONSEJO.—Los alumnos del Seminario de Génova no se cansaban de oír sus atinados consejos en materia de piedad y vocación.

PIEDAD Y TEMOR DE DIOS.—¡Cómo siente Casimiro la divina paternidad, que hacía brotar, en todos sus actos religiosos, fervientes efluvios de reconocimiento y reverencia al que era su Criador, Redentor y Salvador!

FORTALEZA.—Este don le hacía hablar, con santa independencia, ante las más encumbradas personas: cuando, en mayo de 1883, pasó por Bolonia, cuenta él que encontró a su coronel, quien le dijo: «Casimiro, ¿has perdido la cabeza? En lugar de llevar esta vida, ¿no sería mejor que hubieses continuado a mi servicio?» A lo cual respondió el peregrino: «Yo dejo en libertad a cada uno de que haga

lo que quiera, y usted, señor, querrá también respetar mi manera de pensar y dejarme seguir aquello a que me siento inspirado.»

CIENCIA Y ENTENDIMIENTO.—Sin estos dones, no se comprenderían, en un hombre rudo y sin una especial instrucción religiosa, aquellos coloquios con el Obispo de Trivento y el Arcediano de Lanciano sobre materias profundamente espirituales y dogmáticas. Son notables, además, sus conversaciones sobre la Eucaristía con una familia piadosa de Trivento.

SABIDURIA.—A la luz de este don juzgaba Casimiro su propia vida y la de los demás, con criterio divino y sabiduría, que no es la sabiduría del mundo: al despedirse de su hermano, en Cavagnolo, le decía: «El que en mi pueblo me tengan por un loco, me tiene sin cuidado. Al fin veremos quién fué más loco, si yo, haciendo oración y penitencia, o aquellos que sólo se afanan por las cosas de este mundo.»

B) ALTÍSIMA CONTEMPLACION.—En sus largas horas ante Jesús Sacramentado, se elevaba a las alturas de una oración sobrenatural, que no suele ser corriente, y que tenía todos los caracteres de una altísima contemplación.

a) **SE ABSORBIA EN DIOS.**—Casimiro, en su oración, fijaba la mente en Dios; el Señor lo iluminaba, y, deslumbrado, perdía la noción de toda cosa sensible, quedando su alma como absorbida totalmente en Dios. Decía él que no sabía expresar lo que el Señor le daba al conocer en la oración.

b) **GOZABA INEFABLEMENTE.**—Sentía, además, un placer, con el cual no se puede comparar ningún gozo mundano. Preguntado qué decía al Señor en aquellas prolongadas estancias, arrodillado ante Él, respondió: «Yo soy un pobre ignorante que no salgo de la oración más corriente. Empiezo por rezar el Santo Rosario; después el Señor se digna iluminarme y atraerme a sí, y luego el tiempo pasa sin darme cuenta, y mi alma queda como sumergida en Dios, y alegre y gozosa como no sé decir. Sólo puedo asegurar que los consuelos que experimento con el Señor son tan sabrosos, que todas las penas del

mundo, en su comparación, son nada, y los placeres, miseria y disgusto.

C) *EXTASIS CON SUSPENSION DE SENTIDOS*.—Era cosa comprobada que, en su oración, se tornaba insensible a todo lo de su alrededor, como si un poder invisible le atrajese, y permanecía horas y más horas arrodillado, sin apoyarse, ni cambiar de postura, con los ojos fijos en el Tabernáculo, mientras su rostro resplandecía en actitud extática y arrobada con un no sé qué celestial, que arrebatava al que le veía.

Una tarde en Génova, cuando nuestro peregrino oraba en la iglesia de San Juan, pudo observarse una escena muy tierna. Una señora, inclinándose hacia su niña, puso en sus manitas un billete, diciéndole a la vez unas palabras. La niña descendió de la silla y, con encantadora viveza, se acercó al peregrino para entregarle aquella limosna. Mas él, con sus brazos cruzados ante el pecho y sus ojos fijos ante el Tabernáculo, no se movía. La rapazuela miró a su madre manifestando su extrañeza, y llevaba allá y acá su manita buscando un pliegue de su hábito donde depositar la limosna. No lo halló, y ya un poco tímida y con carita muy triste, volvió a su madre, dejando a aquel ángel absorto en el más profundo éxtasis.

También en Agnone (Italia), diócesis de Trivento, una tarde en que el sacristán iba a cerrar la iglesia, viendo que, al parecer, el penitente que estaba arrodillado en un ángulo de la capilla no le hacía caso, tomóle a viva fuerza por un brazo y le arrastró hasta la puerta de la iglesia. Casimiro se dejó llevar como un autómata, pero caminando de espaldas y vuelto siempre su rostro hacia el altar, hasta que, al tropezar con la cancela, cayó en tierra y, al despertar de su éxtasis, dando un gran suspiro, salió de la iglesia, sin quejarse del sacristán.

TAMPOCO SENTIA CANSANCIO NI HAMBRE.—Decía él «por la gracia de Dios no me siento cansado en la oración delante del Santísimo Sacramento. Cuando voy peregrinando, siento los estímulos del hambre y de la sed, pero, cuando estoy en la iglesia, no siento hambre y puedo pasar todo el día sin tomar alimento.»

Decía a este propósito el Abad de Játiva: «Observaba yo que el penitente, lejos de manifestar cansancio o desfallecimiento después de una postura tan incómoda y difícil, como la que había observado todo el día, se hallaba ágil, moviase con prontitud y ligereza y, a pesar de hallarse en ayunas y más de veinticuatro horas sin haber tomado alimento, sus ojos llameaban y sus mejillas hallábanse encendidas de subido carmín, como si acabase de salir de un opíparo banquete.»

CAPITULO XII

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS

A) *VISIONES*.—Por las cartas que escribió a su padre, sabemos que varias veces se le apareció la Santísima Virgen, de todo lo cual dió parte al párroco de Cavagnolo, señor Amione. También refirió el mismo Casimiro a su director espiritual la visión que tuvo de Jesucristo en aquella terrible tentación que le obligó a retirarse al desierto.

B) *ELEVACIONES*.—Don José Vallés, padre de un sacerdote salesiano, certifica ante el párroco de Badalona, don Pedro Rife, en 17 de mayo de 1943, que: «Sería en el año 1878, contaba yo unos diez u once años, mi trabajo era ir a vender agua por el pueblo, pues en aquel tiempo no abundaba mucho el agua, y con un tonel muy grande encima del carro iba yo recorriendo todo el pueblo, y un día iba a poner agua en la pila de la iglesia parroquial de Benicarló, cuando de pronto vi, a unos veinte metros de distancia, a Casimiro Barello con los brazos en cruz y arrodillado, pero sus rodillas no tocaban al suelo: *estaba en el aire unos cuatro o cinco palmos de*

altura... Salí corriendo para que le vieran unos compañeritos míos, pero cuando entraron estaba ya en el suelo. Así es que sólo yo lo pude ver...»

C) *CARISMAS.*

a) *PROFECIAS.*

1) *CASIMIRO PREDIJO SU GLORIA EN LA TIERRA.*—Antes de partir de Cavagnolo por última vez, dijo a su hermano: «Yo me iré, y habrá quien se alegrará, porque me desprecian; pero dentro de poco tiempo, ¡quién sabe lo que yo valdré!» Ciertamente, ni su hermano, ni nadie, podía pensar que dentro de poco, unos meses nada más, el que ahora era despreciado y humillado alcanzaría la gloria más grande, que es la gloria de la santidad, y sus paisanos, que no hacían caso de su insignificante persona, habrían de pedir después con grandes deseos sus restos mortales.

2) *PREDICE EN JATIVA LA MUERTE DE CONCEPCION BOSCH ALFONSO.*—El muy ilustre señor don José Bosch Alfonso, Canónigo de la Colegiata de Játiva, dice que, en uno de los días de la estancia de Casimiro en Játiva, encontróse a la puerta del huerto de San Antonio la joven de 17 años, Concepción Bosch Alfonso, y al pasar por el camino de San Antonio, frente a la casa del referido huerto, el siervo de Dios pidió una limosna a la citada joven Concepción, diciéndole al recibirla: «Pronto nos veremos en el cielo.» Y, efectivamente, el día 8 de mayo de 1884, a las dos de la tarde, falleció Concepción Bosch, a consecuencia de una hemorragia cerebral fulminante, y aun pudo recibir los auxilios espirituales, coincidiendo, en la iglesia de San Pedro de la misma ciudad y en dos días consecutivos, la celebración de dos funerales, uno para Casimiro y otro para la joven Concepción.

3) *TAMBIEN ANUNCIA SU MUERTE A UNA RELIGIOSA DE SANTA CLARA DE JATIVA.*—Refiere el Abad de Játiva, señor Pla y Ballester: «Habiendo manifestado reiteradamente las religiosas de Santa Clara, de Játiva, deseos de ver y hablar a Casimiro, presentóse éste en el locutorio de dicho monasterio. Entre las varias

preguntas que le dirigieron, recordamos perfectamente ésta: "Díganos, hermano: ¿Cuál de nosotras será la primera que morirá?" "Eso—contestó Casimiro— pregúntenlo al Esposo; eso sólo El lo sabe" añadía, viendo que insistían en la pregunta; hasta que, al fin, como si quisiese salir pronto de aquel compromiso, exclamó rotundamente: "La primera que verá a Dios, ésta, ésta", señalando a la más ancianita de todas, llamada Sor María del Pilar Llácer. A los pocos meses enfermó gravemente otra de las religiosas más ancianas de dicha comunidad, Sor María de la Concepción Carbonell, hasta el punto de viaticarla. Al ver Sor Pilar a la hermana Sor Concepción en situación tan extrema, dijo con cierta satisfacción: "Por esta vez se ha equivocado el penitente, pues no muero yo primero, sino la Hermana Concepción." Mas cosa admirable, pocas horas después un ataque cerebral arrebató instantáneamente la vida a la hermana María del Pilar Llácer, a los 84 años de edad, mientras que la hermana Carbonell todavía vivió quince días más.»

4) PREDICE CASIMIRO EL TIEMPO DE SU MUERTE.—

Refería el Beneficiado de los Santos Juanes de Valencia, señor Cervera, confidente de Casimiro: todos querían que se hubiese quedado en Valencia por más tiempo, pero él, a todas nuestras instancias, respondía: «Es preciso que me vaya; de lo contrario, si me quedo aquí por más tiempo, me expongo a obrar contra la voluntad de Dios.» A este propósito nos contó el hecho siguiente: «En una ciudad había uno que hacía vida de peregrino, y estando durmiendo, fué despertado por un ángel, que le dijo: "¿Por qué te paras aquí tanto tiempo? Anda, anda; vete pronto, que pasados los cuarenta días encontrarás al Señor."» ¡Cosa admirable! Transcurridos cuarenta días exactos, nuestro peregrino pasó a mejor vida en Alcoy; y ved por qué muchos han creído que Casimiro hablaba de sí mismo.

b) *LEER SECRETOS DEL CORAZON.* En Játiva, atestigua una mujer, que lo vió, que a su salida, camino de Alcoy, iba Casimiro acompañado de mucha gente y, al divisar un hombre que se asomaba a la puerta de su casa, dejando él rápidamente el acompañamiento, corrió hacia aquél, le abrazó y todos vieron que se incli-

naba para hablarle al oído, mientras el hombre se ponía encendido, al parecer, de vergüenza. Casimiro reemprendió su marcha y, al poco tiempo, se supo que aquel hombre, que vivía en secreto amancebado, había cambiado de vida.

c) *FAVORES CONSEGUIDOS POR SU INTERCESION Y HECHOS PRODIGIOSOS.*—¿Cómo explicar la prodigiosa muchedumbre que reunió en Alcoy la noticia de la muerte del mendigo Casimiro, como si fuera un príncipe o potentado de la tierra?

La señora madre del muy ilustre señor Abad de la Colegiata de Játiva, don José Pla, gran admirador y confidente de Casimiro, Josefa Ballester Rubio, sintióse acometida de un dolor agudísimo en el ojo derecho y una debilidad extremada en la fuerza visual del mismo, de manera que, a los pocos días, lo tenía completamente seco, sin brillo, y privado totalmente de la vista, sufriendo horrorosamente, sin poder descansar un solo momento, ni conciliar el sueño. El facultativo residente en Játiva, doctor don Juan Alben-tosa, dijo que aplicaría los remedios de la ciencia, pero que el ojo lo consideraba perdido. Las prescripciones facultativas no dieron más resultado que extremar los padecimientos y hacer más patente la pérdida de la vista, cuya afección se extendía al otro. Al trasladarse a Alcoy su hijo para asistir al entierro de Casimiro, le mandó la paciente que no volviese a casa sin traerle un objeto que hubiese tocado el cuerpo del siervo de Dios. Durante su exposición en el cementerio, el señor Pla puso sobre el pecho del difunto un rosario, mientras que con otro rezaba, acompañado de otros devotos, una parte de esa devoción, por el alma de Casimiro, y terminada, despidióse de él imprimiendo sobre su frente un cariñoso beso. Apenas entró en su domicilio el señor Pla, pidióle su madre el objeto que con tanto cariño le había encargado. «Al acostarme —refiere la paciente— me encomendé a Casimiro y me puse sobre el ojo el rosario que me trajo mi hijo. No sé lo que pasó por mí, pero puedo asegurar que aquella noche ya dormí, lo que antes no podía conseguir, y, al despertarme, no sentí dolor alguno y veía ya el ojo enfermo.» A las cuarenta y ocho horas tenía ya los dos ojos igualmente claros y brillantes, no sufriendo

ya lesión alguna durante el transcurso de muchos años que aun vivió. Decía el doctor Albetosa: «Se trataba de una retinitis inflamatoria, consecutiva de una oftalmía aguda, y de pronóstico tan grave, que consideraba casi segura la pérdida total de la visión. Confieso y manifiesto que esta curación se ha verificado fuera del orden natural y regular.»

La señora madre del ahijado espiritual de Casimiro, doña Pilar Vicedo Guillem, vecina de Alcoy, refirió que durante su matrimonio, en ninguno de sus alumbramientos había podido conseguir la dicha de amamantar a sus hijos por falta de leche. Después del fallecimiento de Casimiro, consiguió procurarse uno de los rosarios que usaba el penitente, cuyo rosario tenía pendiente de uno de sus extremos una medalla de Nuestra Señora de la Leche. Llena de fe, la buena señora, ante aquella coincidencia, invocó a Casimiro para que intercediera cerca de Dios, a fin de que le concediera la dicha de poder amamantar a su hijo: al propio tiempo, púsose el rosario al cuello, e instantáneamente sintió acudir a sus pechos, con exuberancia, el nutritivo líquido, y desde entonces pudo criar a sus hijos, llena de maternal gozo, de entusiasmo y fe hacia Casimiro, a quien atribuyó el prodigio.

El 29 de marzo de 1935 nació el niño Gonzalo Casimiro Tomás Giner, en tal estado de salud, que el médico ni siquiera permitió le llevasen a la iglesia a bautizar, por el peligro de que muriera por la calle, y, en vista de ello, lo bautizaron en casa. Por indicación del médico llamaron a un especialista, que dijo que ni siquiera tenía el peso suficiente para poder vivir, que si se salvaba sería un caso raro. Pasaron tres días, dándole a la fuerza cucharaditas de leche. Su madre acudió a la intercesión del siervo de Dios, Casimiro, prometiéndole, si se salvaba su hijo, diez pesetas para el proceso de beatificación, poniéndole encima una estampita suya; a las dos horas se aplicó a mamar y quedó completamente sano.

El reverendo don Enrique Abad Vilaplana, Beneficiado Decano de Santa María de Alcoy, a raíz del fallecimiento del peniten-

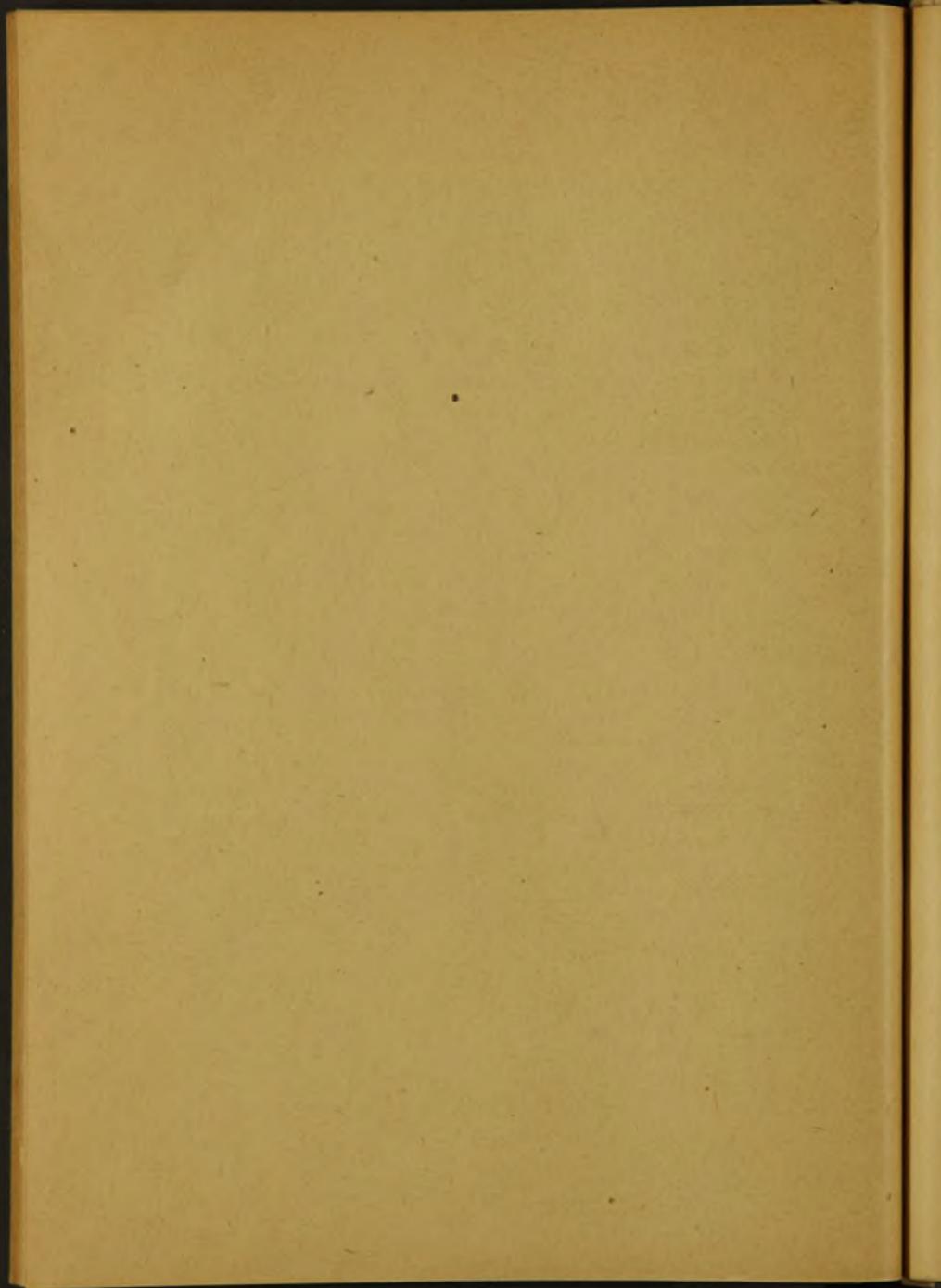
te, sufrió una enfermedad en los ojos, y su madre, doña Rosa Vilaplana Tomás, le llevó a un acreditado médico oculista de la localidad, el cual certificó de incurable dicha enfermedad; mas, poniendo su confianza en Dios y en la intercesión del siervo de Dios, Casimiro, vendó varias noches los ojos enfermos con un pañuelo que había pasado por el cuerpo del penitente, y a los pocos días logró un asombroso restablecimiento, pudiendo hoy afirmar que, a pesar de sus setenta y cinco años, todavía conserva sana la vista sin auxilio de lentes.

Francisco Vilaplana Senabre, natural y vecino de Muro (Alicante), refiere que el 22 de febrero de 1884, al pasar Casimiro por la caseta denominada de «Don Mariano», que dista un cuarto de hora de Muro, llovía torrencialmente y mucha gente se refugió allí, y entre ellos, Casimiro. Todos entraron completamente mojados y él estaba enjuto. Al ver Casimiro alarmado al personal refugiado en la caseta, y aclamándose al Señor por la gran tormenta que sobre ellos se cernía, dijo: «Veo que todos ustedes tienen mucha fe por el fervor con que se aclaman al Señor, ¿quieren que le suplique para que desaparezca la tormenta?» Y al decir todos que «sí», salió a la replaza que había delante de la caseta, en la cual había un gran charco, cuyas aguas se separaron abriendo paso, y, echando a las nubes una bendición, se dividió ésta en dos partes, cesó la tormenta y salió el sol. Se marchó en seguida Casimiro con dirección a Cocentaina. Más tarde, encuentra Casimiro un carretero, que empezó a maltratar con gran saña a las caballerías, y nuestro buen penitente le reprendió con suavidad, diciéndole que los animalitos también eran creados por Dios, que no los castigara con tanta inhumanidad. Desentendióse de tal exhortación el iracundo conductor y atascósele allí mismo el carro hasta los cubos. Un cúmulo de horribles blasfemias y maldiciones se sucedió, sin que por ello, y a pesar de los supremos esfuerzos de los animales, tan duramente castigados, lograrse mover el vehículo, que parecía estar allí clavado con poderosas y profundas raíces. En aquel apurado trance, Casimiro, después de reprender de nuevo al carretero, le dice que quite dos animales de los cuatro que tiraban del carro. «¡Vaya usted

enhoramala! —le responde el carretero— ¿Cómo quiere salvar el carro con sólo dos animales, si a cuatro les es imposible...?» Con toda la paciencia del mundo desengancha el mismo Casimiro las dos cabañerías, y con palabras dulces anima y da vigor a las otras dos pobres bestias, que tiran fuertemente, y no sólo desatascan el carro, sino que suben una gran pendiente que venía a continuación. Prodigio semejante llenó de confusión a aquel hombre, antes descreído y blasfemo, y después uno de los panegiristas más entusiastas del virtuoso penitente.

Refiere Consuelo Carbonell Matarredona, de setenta y cuatro años de edad, vecina y natural de Alcoy, que una hermana suya llamada Purificación, a la edad de cinco o seis años, contrajo la enfermedad llamada baile de San Vito, llegando a estar imposibilitada de tenerse en pie, ni sentada, y no poder hablar con claridad, y permaneció así un año, a pesar de los esfuerzos de la ciencia y de los remedios que se le aplicaron. Movidó por la fe, su padre pasó por el cuerpo de Casimiro, entonces expuesto en el cementerio, una medallita de la Virgen, que puso en el cuello de la enferma, experimentando tal mejoría, que al día siguiente fué por sus propios pies al cementerio, donde aun se encontraban sin enterrar los restos de Casimiro, y pudo ya hablar con facilidad.

Patrocinio Alberola Virosque, vecina de Valencia, refiere que su tía, Josefa Samper, estaba postrada en cama de parálisis en las piernas, sin esperanza alguna de curar, según dictamen de diversos facultativos. Y estando expuesto el cuerpo de Casimiro en el cementerio, pasaron dos pañuelitos por el hábito del penitente, los que se puso en cada pierna, rogando al Señor, por intercesión del siervo de Dios, volviese el movimiento a las piernas. La enferma no durmió en toda la noche, comprobando que las piernas poco a poco recobraban movimiento, hasta tal punto que, a la mañana siguiente, se levantó y vistió sin ayuda de nadie, quedando todos maravillados de tan estupendo acontecimiento.



EPILOGO

Lector amigo: Ya conoces al Peregrino Casimiro Barelo. Un joven que en la flor de la edad practica la vida cristiana heroicamente. Y no es de aquéllos, a quienes una ingénuo piedad dice que son así, porque nacieron ya predestinados.

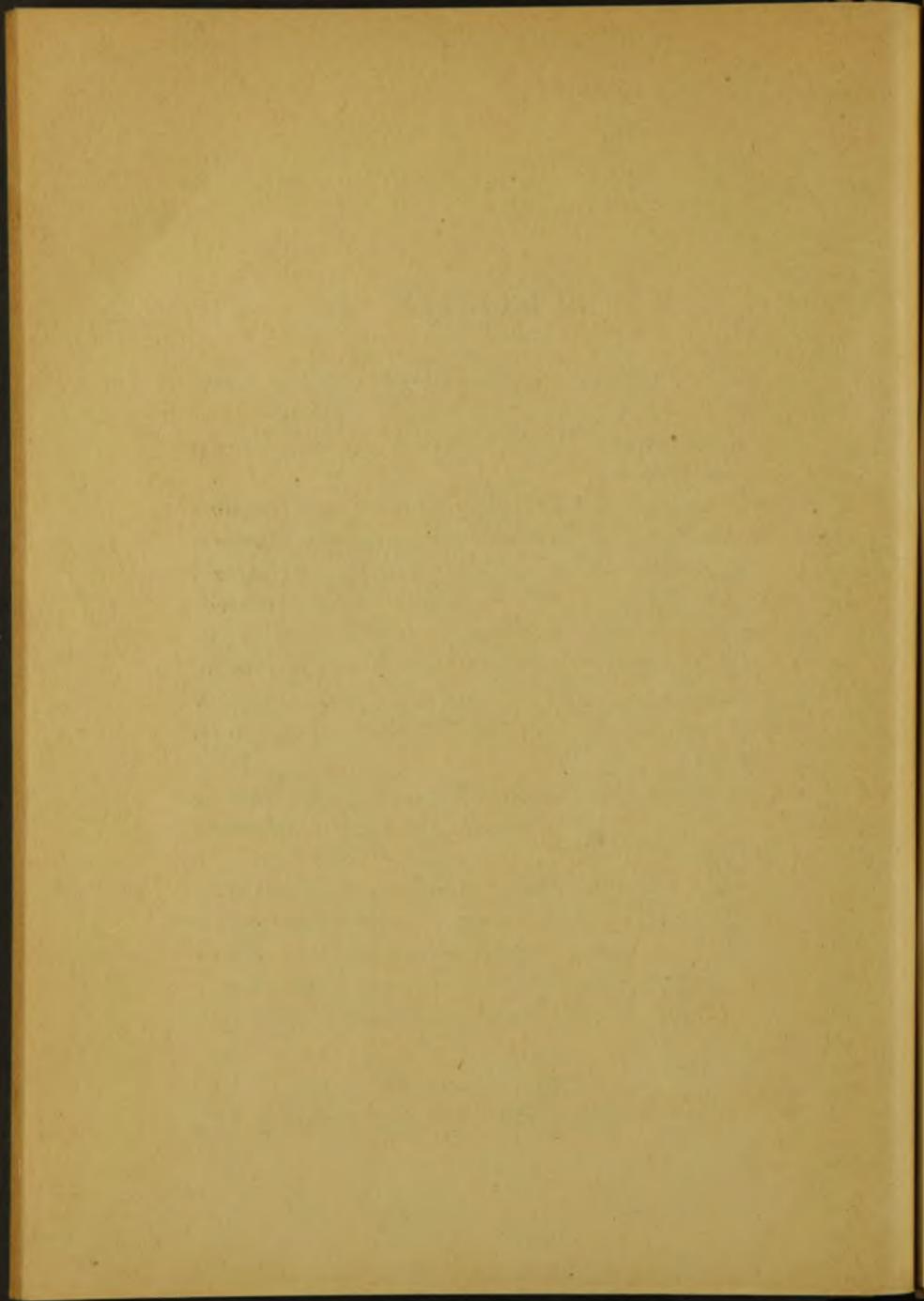
Ya has visto que no fué cosa tan fácil: Casimiro sintió el aguijón del pecado; escuchó la voz de la disipación y en ocasiones también se acercó a probar los goces del mundo. La Gracia tuvo que trabajar a toda presión para salvarle, y su mismo Director espiritual, Monseñor Sémino, dice que Casimiro fué un milagro de la misericordia de Dios y de la piedad de la Santísima Virgen. Pero, en un esfuerzo gigante, situóse en el plano de su vocación y demostró que la santidad, signo de la era evangélica, es patrimonio de todos los hombres y de todas las edades de la vida.

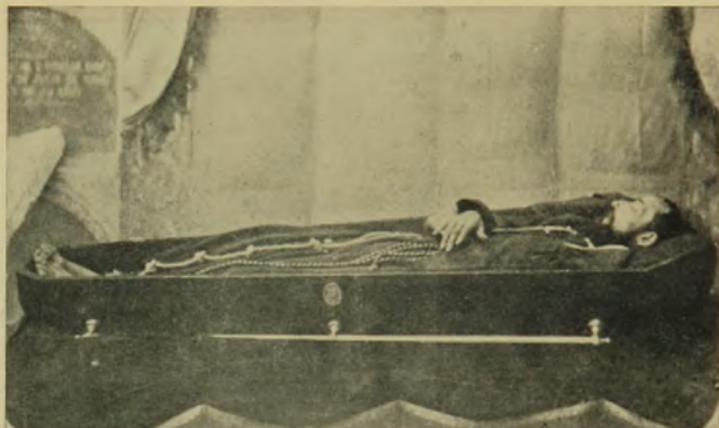
El deporte constituye el alma de la juventud actual, y es el elemento que da la tónica al mundo de hoy, que por eso es frívolo e insustancial y sin valores positivos y estables.

Para remedio, hacen falta muchos Casimiros que practiquen el deporte al estilo de San Pablo: «sic currite ut comprehendatis», que corran velozmente por el camino de las virtudes cristianas, con la mira puesta en la meta de los valores eternos, y con su austeridad, amor a la pobreza y a la Eucaristía, den al mundo la fisonomía evangélica, que hoy no tiene.

Alcoy, 19 de Octubre de 1947.

Domingo Mundial de la Propagación de la Fe.





Sus despojos mortales en el féretro.



Cuadro de Jesús en la agonia que le sirvió de contemplación en sus últimos momentos.

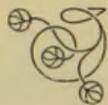


Imagen del Stmo. Cristo que contemplaba desde su lecho de muerte.

Retrato del Siervo de Dios,
momentos después de su
muerte.

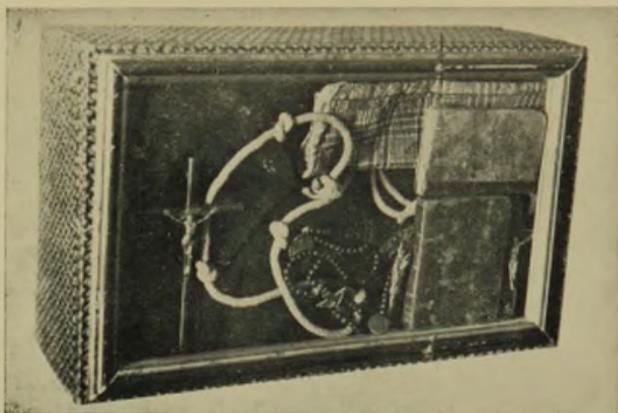


3

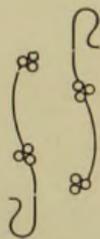


Objetos usados en
su última enferme-
dad.

E



Crucifijo, devocionario,
cordón y otros objetos,
usados por el Siervo de
Dios.



Lápida sobre su tumba en
la Iglesia de San Jorge.
(Alcoy)



Vista general de Cavagnolo, su pueblo natal.



Iglesia Parroquial de
Cavagnolo, donde fué
bautizado.

INDICE



PARTE PRIMERA

Vida y Obras del Siervo de Dios Casimiro Barelo Morello

Cap.		Página
I.—	Sus primeros años	
	Nacimiento, Bautismo y Confirmación	7
	Infancia	8
>	II.—Su juventud	
	Alternativas de piedad y disipación	9
	La Santísima Virgen se le aparece y vuelve al buen camino	10
	Primeras tentativas de peregrinación por por Italia	11
	Su primer viaje a España	13
	Casimiro, soldado	14
>	III.—Su vocación de peregrino	
	A) EL PEREGRINO	
	Dos cartas históricas	17

B) SEGUNDA PEREGRINACION POR ESPAÑA

Un hecho providencial le trae a España:	
Barcelona, Tarragona y Cambrils	18
Almería, Murcia, Encinas-Reales	19
Casimiro se retira a un desierto	20
Tarancón, Madrid y Arganda del Rey	22

C) ABANDONA ESPAÑA Y PEREGRINA POR FRANCIA E ITALIA

Montpeller, Savona y Cavagnolo	23
Génova	24
Montéfalcone del Sanio	26
Campobasso y Cavagnolo	26

D) TERCERO Y DEFINITIVO VIAJE POR ESPAÑA

a) Camino de España	
Italia y Francia	28
b) En España	
Montserrat, Turis y Valencia	29
Alginet, Játiva y Cocentaina	30
Casimiro en Alcoy	31

> IV.—Enfermedad y muerte

A) ENFERMEDADES

Algunas dolencias	33
Ultima enfermedad	33

B) PRECIOSA MUERTE DE CASIMIRO Y SEPULTURA

Muerte	35
--------------	----

	<u>Página</u>
Entierro y honras fúnebres	35
Sepultura	36
Traslado de los restos y actual emplazamiento del sepulcro	37

PARTE SEGUNDA

Fama de Santidad

Cap. V.—En vida

A) En su juventud	39
B) En su vida de peregrino	40

> VI.—En su muerte 44

> VII.—Después de su muerte

El homenaje de Cavagnolo	46
Testimonios respetables	47
Fechas conmemorativas y Boletín	48
Primeros pasos en el proceso informativo ...	49

PARTE TERCERA

Virtudes del Siervo de Dios

Cap. VIII.—Virtudes en general

	<u>Página</u>
Ideal de santidad	51
Sus características especiales	52

» IX.—Virtudes teologales

A) FE

a) Vida de fe	53
b) Presencia de Dios	54
c) En la Eucaristía	54

B) ESPERANZA

a) Aspiración al bien eterno	54
b) Carencia de toda presunción	55
c) Confianza en la Providencia y en la oración	55

C) CARIDAD

1) *Caridad para con Dios*

a) Vida de amor de Dios	56
b) Celo insaciable	56
c) Devoción a la Sagrada Eucaristía	56
d) Devoción a la Santísima Virgen	57
e) Espíritu de reparación	58

2) *Caridad para con el prójimo*

a) Amor a los pecadores	59
b) Caridad con los pobres	60
c) Solicitud para con los enfermos	60
d) Afecto a los presos	60

X.—Virtudes cardinales

A) PRUDENCIA

- a) Deliberaba con madurez 62
- b) Decidía con energía 62
- c) Ejecutaba bien 63
- d) Su prudente trato con el prójimo 63

B) JUSTICIA

1) *Deberes para con Dios*

- a) Religión 64
- b) Cumplimiento de la voluntad de Dios ... 64

2) *Deberes para con el prójimo*

- a) Deberes de estricta justicia 65
- b) Deberes de obediencia 65

C) FORTALEZA

- a) Acometió cosas difíciles 67
- b) Soportó con entereza las pruebas 67

D) TEMPLANZA

1) *En un sentido más amplio*

- Equilibrio y armonía de facultades 69

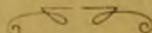
2) *En sus virtudes que la preparan y completan*

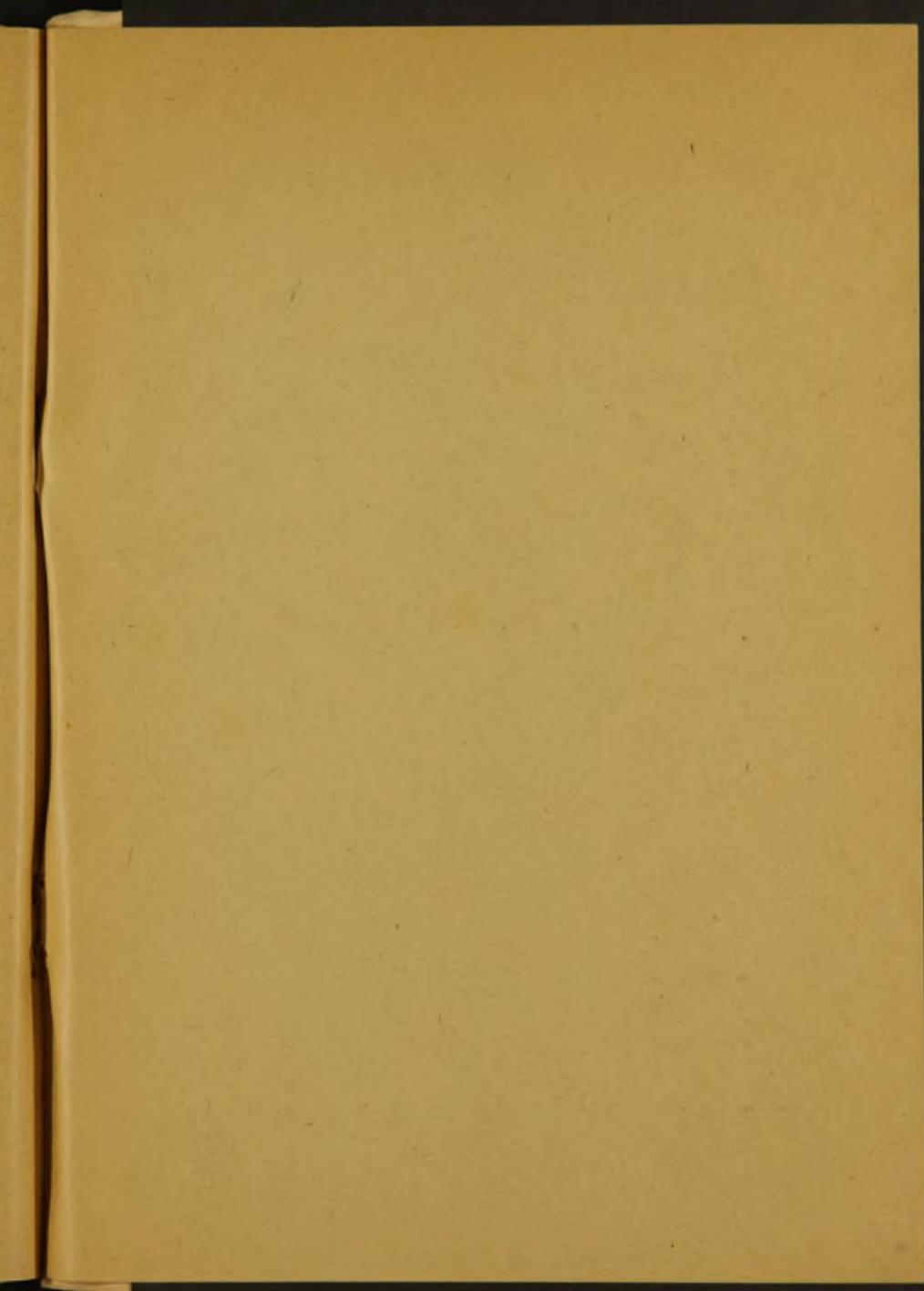
- a) Mortificación 69
- b) Castidad perfecta 71
- c) Extrema pobreza 71
- d) Humildad 72
- e) Mansedumbre 72

PARTE CUARTA

Gracias especiales

	<u>Página</u>
Cap. XI.—Dones sobrenaturales	
A) Dones del Espíritu Santo	75
B) Altísima contemplación	76
C) Éxtasis con suspensión de sentidos	77
> XII.—Fenómenos extraordinarios	
A) Visiones	79
B) Elevaciones	79
C) Carismas	
a) Profecías	80
b) Leer secretos del corazón	81
c) Favores concedidos por su intercesión y hechos prodigiosos	82
Josefa Ballester Rubio	82
Pilar Vicedo Guillem	88
Gonzalo Casimiro Tomás Giner	83
Revdo. D. Enrique Abad Vilaplana	83
Francisco Vilaplana Senabre	84
Purificación Carbonell Matarredona	85
Josefa Samper	85





Handwritten text, possibly a signature or date, located in the upper left quadrant of the page.

35687

F. Jos